JUAN MONTALVO

EPISODIOS

LA FLOR DE NIEVE.
EL OTRO MONASTICON.
SAFIRA. — EL CURA
DE SANTA ENGRACIA.

BIBLIOTECA POPULAR

Quito — Ecuador — 1940

AL LECTOR

En estos momentos de la vida cultural ecuatoriana y antes de ahora— y podemos escribir americana, sin ningún escrúpulo— se ha echado de menos el poco conocimiento que se ha tenido y se tiene de la vida y obras de sus grandes hombres. Tal sucede, entre nosotros, con don Juan Montalvo. Su obra, antes y ahora ha sido sólo el pan espiritual de élites intelectuales. Y, cada vez, por las urgencias mismas de la vida moderna, las nuevas generaciones que van llegando, urgidas por apremios impostergables, se alejan más de las fuentes clásicas, originales de la cultura. Y no es que la obra de don Juan Montalvo sea de aquellas que para gustarlas y comprenderlas, para aprovechar las enseñanzas que encierran, requieran un cierto grado de cultivo intelectual. Precisamente, la obra de don Juan Montalvo, como ninguna otra, ofrece tantos senderos de accesibilidad.

Un falso sentido del culto que se le debe al gran Maestro, ha hecho, en nuestro medio, torcer el camino de la admiración, convirtiendo su nombre en cierto simbolismo mitológico, amparador de nuestras inútiles algaradas democráticas y libertarias. Nos hemos pagado de la grandeza de su nombre. Hemos abusado de su gloria para esconder nuestras miserias y nuestras incapacidades; nuestra falta de ética y de dignidad humanas; nuestro falso sentido del patriotismo, del civismo y el ideal de la libertad.

Mas no hemos sabido rendir conscientemente el culto que el Maestro merece. Penetrando en su obra. Aprovechando sus múltiples enseñanzas. Realizando sus altos ideales humanos. Porque, ninguna obra tan rica en apostolados y ejemplarizadora como la de Montalvo. Por cualquiera de los flancos que se la estudie y contemple, ella ofrece, cual una joya de iridiscencias inmanentes, luz de sabiduría para alumbrar los caminos humanos. Abrid una página cualquiera de la obra montalvina, y en ella encontraréis perfumado en el sabroso vaho arcaico de su expresión idiomática, el tesoro de una enseñanza, a través de la historia, de la anécdota, del episodio, pero siempre, también, a través de un ideal dignificante.

Pensamos constantemente que la mejor forma de honrar la memoria del Maestro sería divulgando el tesoro de su obra, cada día más desconocida. Haciéndola accesible materialmente a todas las capas sociales. Que ella penetre, —y sea el pan intelectual de cada día—, en los bancos escolares, colegiales, universitarios, en los centros obreros especialmente, en la oficina y el taller, en todas partes donde aliente un espíritu ecuatoriano. Cuando esto suceda, podremos decir que hemos sabido honrar la memoria de quien quemó su vida en la pira del dolor y el sacrificio, la miseria

y el exilio, por los grandes ideales humanos. Entonces podremos decir que estamos conociendo a Montalvo. Y los beneficios de este conocimiento serían inmediatos, porque, la obra de Montalvo es pródiga semilla de fructificación. Germinada en el alma ecuatoriana, supiéramos entonces los caminos de la ética cívica y social; supiéramos, por llevarlos adentro, la nobleza de los altos ideales que hacen del hombre el animal cultivado e inteligente; supiéramos del verdadero sentimiento del patriotismo; también supiéramos del exacto sentido de la rebeldía y de la protesta, y lo que son los ideales de la democracia y de la libertad.

La obra de Montalvo, por su apostolado de verdad, por la grandeza paradigmática de las altas virtudes humanas, por el acervo de pensamiento filosófico que encierra, y aun meramente por sus bellezas literarias, tiene y tendrá en todos los tiempos la más viva vigencia, actualidad eterna. Ha hecho falta que nos acerquemos a ella, con delectación estética, con unción de análisis, de estudio y de penetración.

Pero es que la obra de Montalvo, como dejamos dicho, ha sido siempre inaccesible, no por otra cosa sino por la falta de divulgación sistemática. Los organismos llamados por sus actividades en el campo de la cultura, a difundirla, ni los gobiernos, mejor posibilitados para hacerlo, han querido tomar a su cargo esta noble tarea, que reivindicaría el nombre del Maestro, propiciando a la vez, el engrandecimiento cultural del país.

Obviar en pequeñísima parte este vacío, es el propósito de la presente selección de la obra montalvina. Con cuidadoso empeño se ha escogido algunas de las más bellas páginas de su enorme producción literaria, como son los episodios insertos. Desearíamos que

esta edición, que inaugura la BIBLIOTECA POPULAR, principio de una serie que continuaremos publicando, la que abarcará otras piezas del gran Cosmopolita, de nuestros clásicios, y una variada selección de la producción literaria americana, llegue a los centros más necesitados: a las aulas escolares, a las masas populares y a los medios en donde se purifica la inteligencia. Pensamos en esta forma, rendir un pálido pero efctivo homenaje a la memoria del Rebelde y Apóstol de América, como intentamos, asimismo, dar un paso beneficioso en el tardo y algo obstruído camino de nuestra cultura.

LOS EDITORES

LA FLOR DE NIEVE

EN el año de 1863, un naturalista ruso llamado Anthoskoff se encontraba en la Siberia septentrional, después de haber recorrido el Cáucaso, siguiendo el hilo de ciertos secretos de la ciencia, que él tenía en el ánimo sacar a la luz del mundo. Esas comarcas desdichadas no conocen la vegetación, ni los ojos del viajero hallan nunca sombra de árbol donde se pongan en cobro del resplandor hostil que los persigue. El haya, hija de fierro de la roca fría, se detiene en las pendientes de los Montes Urales, sin atreverse a dar un paso hacia las planicies áridas donde reina el hielo, describiendo con su centro un círculo aterrante al rededor del polo. La yerba es desconocida para esa tierra: ni el verdor de las plantas gramíneas, ni la amarillez de las flores

silvestres comunican a el alma esa como alegría o esperanza que aún los desgraciados suelen concebir misteriosamente en el regazo de una bella, amable naturaleza. La paja silvadora, el frailejón solitario y triste de los altos páramos sirven de placer y consuelo, si contemplamos en la aridez mortal de esas regiones. El sol las mira desde lejos, y se vuelve desconfiando de ellas; el calórico, sangre invisible de la naturaleza, no tiene cabida en ese limbo descubierto, donde impera el frío, dios enemigo de la vida. Ni plantas ni animales: alguna vez una sombra rápida cruza a lo lejos ese mar empedernido, y se desvanece a mayor distancia: es el rengífero que pasa de un abismo a otro en busca de un amor imaginario, o el alce que va huyendo de un fantástico cazador que le persigue en sueños. El hombre mismo, animal de todos los climas, no habita la Siberia septentrional. El groenlandés salvaje, el kampchadal helado, el lapón cubierto de pieles se agencian sus moradas debajo de la nieve; en sus oscuras yurtas viven y se juzgan felices: la Siberia septentrional es todavía más ingraciable que la Groenlandia, Kampchaka y la Laponia. Allí no hay bosques en cuyas profundidades faunos y silvanos persiguen a las ninfas; ríos que hume-

decen la tierra y la excitan a dar fruto; fieras que dan testimonio de la vida, bramando de cólera o mugiendo suavemente de placer; aves que llenan de música los árboles y vuelven nuestro planeta un globo de armonía.

¿Qué pasos lentos van retumbando por allá? Es el elefante que rompe la selva con su movimiento de rey majestuoso, y se dirige a beber a orillas del Lualaba. Ruge el león y comparece infundiendo terror a todo ser viviente con esos ojos encendidos: el tigre, agazapado al pie de un tronco, está acechando al boa que se viene con su meneo formidable: manadas sin cuento de monos llenan de ruido los vetustos robles: un orangután gigantesco, recto como persona, camina paso a paso con semblante meditabundo; bandadas de loras y guacamayos atraviesan la atmósfera con grito colectivo que asorda todo un continente: culebras de mil colores van haciendo eses por el suelo, o prendidas de las ramas por el extremo de la cola se están columpiando por el aire. El sol resplandece y abrasa; el cielo se halla limpio, su azul purísimo se derrama desde el cenit, y desaloja las nubes hasta más abajo del horizonte. Esta es el Africa, cuna del fuego, asiento preeminante de la zona tórrida. No es así la Siberia sep-

tentrional: despoblación, tristeza, silencio vasto y profundo son caracteres de esa tierra desventurada. Allí no hay sol sino cuatro meses al año: la noche es de dos mil quinientas horas; noche larga, horrible, durante la cual Muerte anda devorándolo todo, invisible en medio de la palidez oscura que envuelve ese hemisferio. La rosa no se abre ni sonríe a la luz que comparece alegre por atrás de la montaña; la azucena no tiene sol a quien provocar con su voluptuosa elegencia; el clavel no arde en su pura rubicundez, porque no hay fuego que lo encienda. La sangre de la tierra, cuajada en esas partes, las priva del movimiento; el alma del mundo, retirada de ellas, las dejó cadáveres. Fuego, santo fuego, símbolo de la vida, tú eres principio y sostén del universo: sin tí no hubiera luz, sin tí Dios mismo no ardería en su inmortalidad eternamente. Dios está tras las llamas devorantes del Africa: fuego es poder, y Dios todo es fuerza. Dios está sobre la luz del Ecuador: la luz figura la inteligencia, y Dios todo es inteligencia. En la mansión helada de la muerte no está Dios, porque Dios es vida, vida alta y profunda, vida eterna. En la Siberia septentrional no está Dios.

¿Qué estás diciendo ahí, blasfemo? Su

imagen se presenta en la bóveda celeste, y fulgura con divinos resplandores: inocencia, amor, felicidad animadas por el aliento del Todopoderoso, teñidas por esos sus ojos que las miran, están acreditando su presencia. La aurora boreal, en las regiones septentrionales, es la sombra de Dios: fenómeno desconocido para nosotros, es la encarnación más bella de las leyes naturales. La Soberana Esencia, vista en delirio por poeta que hubiese perdido la razón a puro amor divino, se le presentaría en forma de aurora boreal. La aurora boreal es música de otro mundo cuajada en los colores del arco iris: es oleada de poesía cristalizada en el horizonte, que está brillando suavemente por los cien lados de un prisma fabuloso. Aurora boreal, malicia de la inocencia, beatitud de la naturaleza adormecida por dolor profundo, tú eres espejo en el cual los míseros habitantes del círculo polar están viendo esa promesa de perdón con que el Altísimo los consuela. Aurora boreal, asomo vago de felicidad, puerta lejana de la gloria, tú eres humilde, pero feliz suplente de la luz del día. Aurora boreal, alma tranquila del sol, alma desnuda de sus rayos, tú eres la patrona del Norte, tú le proteges, le salvas cuando él se retira y le abandona. Feliz recobro

de las desventuras de ese clima, este hermoso fenómeno es muy común para los hijos del septentrión: la aurora boreal les proporciona uno como día, o si decimos, espíritu sin fuerza, ensueño feliz de sol dormido que llena de alborozo y esperanza a los míseros que, hartos de oscuridad, levantan la cabeza en su larga noche, y aspiran esa brillante memoria de la luz como alimento de la vida.

Anthoskoff, sabio moscovita, después de largos y penosos viajes por las Montañas Rifeas, llegó a la Siberia septentrional. Desembocando en un mar de nieve, se detuvo de improviso, poseído de admiración, experimentando en el alma placer de esos que suele proporcionar la sabiduría únicamente. Hay en un autor alemán una historia de lo más extraño: Dos naturalistas han cultivado desde la infancia amistad que no le va en zaga a la de Pílades y Orestes: siempre juntos desde niños, estudiaron, vivieron, se engrandecieron con la fama, sin que discrepasen jamás en la menor cosa. Un día, infatigables en el estudio práctico de la naturaleza, viajando por un monte, hallan un insecto desconocido, hacen un descubrimiento: la ciencia va a recibir alborozada este recién venido. ¿Cuál de los dos le vió desde luego? ¿Cuál le tomó?

¿Cuál hizo notar que esa mosquita resplandeciente no estaba en ninguna de las clasificaciones científicas? Ni Linneo, ni Cuvier, ni Buffon la han conocido; es cosa nueva, admirable: ¿a cuál la palma? ¿a cuál la gloria? Las disputas, porfías, injurias, amenazas, ferocidades, venganzas, desesperaciones; los odios, arrebatos, celos, acometimientos, propósitos criminales que se pusieron entre los dos amigos, sólo Dios en su infinita sabiduría lo puede concebir y graduar. Largo fue el litigio. "¡Pérfido! le escribía el uno, ¿te atreves a decir que Aimatocare es tuya? ¿y lo sustentas, hombre sin fe ni justicia? ¿Con qué la viste, la tomaste primero que yo? ¿Y has de pasar a la inmortalidad por medio de un hurto escandaloso al que te hizo la honra de llamarte amigo y la fineza de quererte como a hermano? Hábil fuiste en el engaño, miserable; te tuve por sincero, y resultaste aleve; te juzgué afectuoso para conmigo, y no era el tuyo sino aborrecimiento disfrazado de cariño; te reputé hombre bueno, y vienes a parar en malvado. Qué es sino malvado el que se burla de la conciencia, habla contra verdad y obra contra hombría de bien? Abusas de la sencillez del amigo; en esto eres pérfido. Ocultas o cambias la verdad; en esto eres mentiroso. Te apo-

deras de lo ajeno; en esto eres ladrón. Pues a uno de éstos, yo le desprecio. Le desprecio por lo ruin y canalla; por lo salteador, me le voy encima, le echo en tierra, le piso, le mato, y junto con la vida le arranco el inestimable objeto de que se llama legítimo y perpetuo poseedor, sin más escritura que la que firma con su puñal de facineroso a media noche. . . Carlos, amigo, hermano mío, vuélveme mi Aimatocare."

"¡Infame!, contestaba el otro, el enternecimiento con que das fin a tu carta es ficción que sirve para fomentar el odio inspirado en mí con tu maldad. Amigo me llamas, y tus obras, más que tus palabras, están acreditando la enemistad más negra; hermano, y andas en busca de la quijada del asno con que piensas asesinarme. No soy hermano ni amigo tuyo, porque soy hombre de bien y cultivo la moral; tu amigo es el ladrón de caminos, tu hermano el rufián de ciudad: el verdugo es tu amigo y hermano, y el patíbulo el lecho donde él y tú dormís juntos. Aimatocare... ¿no sabes que Aimatocare es mía? Arráncame los ojos, exprímeme el alma, quítame la vida; Aimatocare no será tuya jamás. Aimatocare. . . Este divino insecto era, sin duda, el objeto de esas aspiraciones vehementes que me agitaban, causán-

dome los dolores misteriosos de los cuales en vano procurabas aliviarme. El vacío profundo de mi corazón, ese anhelo inmotivado de mi espíritu, los arranques vertiginosos de mi pensamiento, la angustia, la desesperación de mi vida tenían, ya lo he visto, causa y fin. Poseo, poseo el objeto de mis ansias; mis ambiciones están cumplidas, mi alma satisfecha. Aimatocare es mía: ni todos los reyes coaligados contra mí podrán arrebatármela. Y tú, mezquina y baja criatura; tú, salteador de encrucijada; tú, desleal y perjuro, ¿tú piensas privarme de ella? Te he ofendido, pobre amigo; te he cubierto de vilipendio en esta carta. Teodoro, las lágrimas me están corriendo por las mejillas: los insultos que acabo de hacerte me matan de vergüenza: compadéceme, perdóname; pero no me vuelvas a hablar de Aimatocare; con esto me privas de la razón. Casa, fincas, títulos, todo cuanto poseo es tuyo: nos repartiremos mis bienes de fortuna como dos buenos hermanos. De Aimatocare, no me hables, te lo repito. ¿Puede nadie exigir a su amigo que le entregue su esposa? ¿Pondrías tú la tuya en manos del que la estuviese codiciando? Aimatocare es para mí más que mi mujer, más que mi honra. Deliras, infortunado, si piensas disputármela: te arrancaré

el corazón con un puñal buído, te ahorcaré con mis manos... Teodoro, Teodoro, loco estoy."

Esta pasión científica, este amor frénetico por los secretos de la naturaleza nos parecerán inverosímiles a los hombres desprovistos de la sensibilidad de la sabiduría; y en realidad es una de las pasiones más violentas que pueden caber en pecho humano. Sabido es que Arquímedes se dejó matar, por no distraer su espíritu del problema que estaba a punto de resolver: muchos sabios se olvidan del alimento cuando están embebecidos en sus lucubraciones. Los cuentos fantásticos de Hoffmann no se fundan en la imaginación puramente: casi todos ellos se levantan sobre teorías respetables, o sobre hechos reales y positivos. Los dos sabios que se vuelven enemigos mortales, disputándose un insecto, no se pleitan el insecto mismo, más aún la gloria de su descubrimiento: cosa muy puesta en razón, que vemos cada día en el mundo de las ciencias y las buenas letras. El Tasso anduvo fuera de sí, desesperado, medio loco, porque imaginó que su poema iba a salir a luz con nombre distinto del suyo. Robarle al Tasso su **Jerusalén Libertada,** allá se hubiera ido con robarle el alma; la poesía es el alma de los

poetas. ¿Y digo si Phidias hubiera quedado contento de que su Minerva pasase a la posteridad como obra de un rival aborrecido? En las ya citadas de Hoffmann hay una historia de un lapidario que comete más de cincuenta asesinatos misteriosos, por volver a apoderarse de las preseas que él mismo había vendido, o que le habían mandado hacer. El móvil de esa sed de sangre no era codicia, sino amor a la obra primorosa que había salido de sus manos. Y, quién lo creyera, el maestro Cardillac es personaje histórico: las muertes de que habla el autor alemán ocurrieron positivamente. Recreábase tanto el lapidario en sus hechuras, embelesábale su perfección con tal extremo, que no podía vivir sin poseerlas. Tan luego como entregaba una joya, se valía de cuanto ardid cabe en la astucia del hombre para volver a apropiarse de ella. En último caso, un homicidio ponía en su poder la prenda maravillosa. Ahí está mademoiselle Scuderi que no nos dejará mentir ni a Hoffmann ni a mí. Los que, viajando a París, capital de Francia, se hallen en el Palacio Real, hagan por saber cuál de esas ricas tiendas habrá sido la del maestro Cardillac. En cuanto al que está haciendo estos recuerdos, no le falta sino advertir que las car-

tas de los dos naturalistas son de su propio caudal, y no transcritas del libro tudesco, donde no consta sino el germen de esta amplificación. Y con esto volvemos a Anthoskoff, el sabio moscovita, pero no antes de dar a saber a los lectores que Aimatocare era el nombre de pila, nombre de amor con que los consabidos filósofos habían bautizado a la mosca que tanto pudo. Desde la bella egipcia que trastorna a Salomón, hasta doña Isabel de Segura, no se ha visto hembra más querida que esa pizpireta de Aimatocare. Su nombre científico, puesto en latín por los discípulos de Linneo, lo puede ir a buscar el curioso lector en cualquier entomología moderna: si lo buscare en el tratado de los pájaros del americano Auduvon, no lo hallará; pues ya he dicho que Aimatocare no es pájaro sino mosca. Mosquita resplandeciente de cuatro alas: las que le tocan al cuerpo son uno como tul claro, fino: son la ropa blanca, las confidenciales enaguas que forman los bajos de la pulcra retrechera. Bajos, en buen idioma castellano, son los centros del vestido, ¡oh vosotros que anheláis por hablar la lengua de Cervantes! Si queréis pruebas, aquí sale por mí don Francisco de Quevedo.

La otra loca perenal
Piensa, cubierta de andrajos,
Que tiene mejores bajos
Que la Capilla Real.

Los bajos de la Capilla Real son todo ese rico almacén que, bien aplanchado, la vuelve hermosa y elegante los días solemnes, cuando los devotos monarcas van a echar corazón humilde al pie de los altares: son los manteles con blondas de encaje de Flandes que cubren las aras; la blanca peliz; el alba deslumbrante; el diminuto lavabo. Todos estos son los bajos de la Capilla Real, así como los tres o cuatro **fustanes** son los de las judías que nos quitan el juicio. ¿Este pillo los habrá contado? va a decir algún mojigato que sabe y no confiesa, o algún santurrón que a fuerza de fealdad y bobería no da noticia de estas cosas. No los he contado; más sabemos todos por tradición que Clitemnestra se ponía desde luego enaguas de lienzo medianamente suave, hasta sobre la corva; en seguida unas de liencillo asargado con cordones azules gruesos como el dedo mayor, hasta la pantorrilla; después unas de anascote con vuelos de lo mismo, hasta la garganta del pie; y, en fin, unas de **grano de oro** circuidas de

encaje hecho a mano de vieja de anteojos, la cual por más señas, chupa tabaco y ayuna los cuarenta días. Estas últimas enaguas tienen el privilegio de mostrar las orejas al mundo, y estar oyendo los disparates con que los enamorados de profesión regalan a su dueña. Dicen los malsines que hasta ahora poco nuestras Cleopatras se echaban en lo más recóndito una cosa como pollera de un género como vayeta, la cual suele ser blanca, y algunas veces, para mayor condenación, amarilla. Quédanos el consuelo de que nosotros no hemos alcanzado esos feos tiempos, y de que nuestra inocencia no se hundiría, puesto caso que triunfase la serpiente, sino en abismos de inmaculado virgen lino.

Y nuestro ruso ¿dónde se halla? Tenemos especie de haberle visto en la Siberia septentrional, contemplando maravillado un objeto que está llenando sus ojos y su espíritu. Más no pasaremos a tratar de él, antes de que hubiésemos concluido de vestir a la linda Aimatocare, camareros y gentiles hombres de esa princesa del monte; Aimatocare, serafín del reino animal, suspiro de poetisa consolidado por el céfiro que desciende por los nevados, bajando del arco iris. Las dos alas primeras, como queda dicho, eran de tul fino y trans-

parente, blancas, puras como el alma de un niño hijo de dos santos; las de encima, las principales, al contrario, eran el resumen de los colores y los resplandores juntos, revueltos en inextricable laberinto. Desde la simple línea recta hasta el círculo, obra maestra de la ciencia de Euclides, todas las figuras geométricas estaban allí. Paleta que manejara un ángel para pintar el cielo, las alas de Aimatocare contenían matices y tintes desconocidos para nosotros. La luz, en sus mil secretos con las materias colorantes, había formado un mundo reducido en la figura del insecto prodigioso. Del blanco al negro, pasando por todas las combinaciones, todos los colores hacían figura de esa frágil tela: azul obscuro, azul celeste; rojo subido, sangre de toro: verde vejiga, verde madroño: amarillo tostado, semejante al de las águilas americanas; amarillo claro, como el de las onzas godas: negro superfino: violado: púrpura de Melibea, de todo había, por menor, en esa arca de Noé de los colores, juguete admirable donde el sol estaba haciendo un nuevo milagro a cada rato. Si las alas blancas le servían de enaguas a la bella Aimatocare, las segundas eran como la casulla bordada de oro con que pontifica el arzobispo; o como el laticlave primoroso con

que se ennoblecían los romanos en los grandes días de la libertad y los dioses. Aimatocare, tesoro de la ciencia, hubiera sido la corona del gran museo zoológico de Londres, el alma del Jardín de Plantas de París. Los dos naturalistas no hicieron mucho con haberse anonadado a puros ultrajes; debieron haberse rompido la cabeza. Antonio perdió el cetro del mundo y la vida juntamente por la reina de Egipto, esa bellaca digna del amor de Júpiter y de Julio César. El hijo de Sofronisco y Fenareta fue el más virtuoso de los griegos, Platón el más sabio. Diógenes el más pobre: Xenócrates, en mi humilde opinión, fue el más tonto de todos: el que no se ha suicidado siquiera dos veces por dos o tres mujeres, no alcanza ni mención honrosa en los Arrestos de Amor. Leandro y Diego Marsilla valen más que el hombre de mármol de la hermosa Lais.

Ahora venga de nuevo nuestro ruso Anthoskoff, el cual, si se ha llamado Ivon, será don Juan, pues habéis de saber que Ivon en lengua moscovita es Juan en castellano. Sucedió por casualidad que fuese 2 de enero el día en que el sabio llegó a la Siberia septentrional. Un océano de nieve se dilata a sus ojos: todo es albo y cristalino; más si el viajero no estaba debajo del poder del sueño, no era

otra cosa que un jardín real y positivo el que tenía por delante. Tallos erguidos, a un metro de altura, sustentan cada uno tres ricas flores en figura de estrella. Esta flor prodigiosa se compone de tres hojas: cinco son sus estambres: mil diamantes diminutos están brillando en sus extremos, diamantes como cabezas de alfiler, donde se mete el iris achicado adrede en culebritas como espíritus casi invisibles, y se mueve a modo de colibrí que no aquieta las alas ni un segundo. Estos diamantes pequeñuelos son la semilla de la planta, semilla que, regada en el Paraíso, hubiera dado una generación de ángeles animados del amor del mundo. Los estambres se entrelazan de mil maneras, y forman un inextricable tejido, que no es sino la red donde se queda presa la sabiduría. Bien así los pétalos como el tallo están propendiendo al Norte, reino de la nieve. Anthoskoff, medio despierto, medio en sueños, temblando de placer, se llega a una de esas plantas, la toca... Un montoncito de polvo luminoso cae debajo de su mano. La flor había sido de nieve, frágil y delicada como quimera de felicidad que se desvanece al menor ruido. El sabio recogió con mucho trabajo una narigada de ese polvo, y lo guardó como si fuera la viva ceniza de la ciencia, re-

liquia que liberta de los meleficios de la ignorancia. Cuando volvió otro día a ese campo de azucenas fantásticas, todo había desaparecido: concurso de almas bien aventuradas, tornaron a la gloria, después de haber cumplido algún piadoso objeto. La flor de nieve no se produce espontáneamente sino en la Siberia septentrional: rompe el hielo el primer día del año, vive dos más, y muere para doce meses. Anthoskoff, alborozado, feliz con su simiente divina, vuela a San Petersburgo y la siembra en una capa de hielo. La inquietud, el ansia con que esperó un año, no son para descristas. El 1º de enero el emperador, su corte, la Academia de Ciencias, convidados por el naturalista para ese casto y puro alumbramiento, vieron con sus ojos que el alma de la nieve la había roto y se estaba presentando al mundo. El emperador le echó los brazos al cuello al sabio, y le agració en seguida con el título de conde. Mirad si una rústica flor de la Siberia no ennoblece tanto como la Rosa de oro del Vaticano, o como el Toison que condecora a los nobles de primera clase. El naturalista Anthoskoff, hombre de humilde origen, es hoy conde Anthoskoff: sus hijos serán nobles desde la cuna y ornato del imperio.

A ley de cristianos prescindiríamos de hablar de la nobleza criolla, no yéndonos nada en traer a menos una buena parte de esta noble asociación mestiza a la cual pertenecemos; ni fuera de provecho alguno irnos agua arriba por el abolengo de nuestra sediciente aristocracia hasta dar en el Potro de Córdoba, el Azoguejo de Segobia o la playa de Sanlúcar. Y no es manera de decir, ni se tome esta por la expresión de la malevolencia; que las declaraciones de la verdad son todavía de menos favor para ciertos reyes de abejas que se juzgan naturales al mando y los haberes juntos en la tierra de los indios. Antes oigamos a uno que nunca juró falso, ni mostró mal querer a nadie, sino fueron los moros. "Viéndose tan falto de dineros (don Felipe de Carrizales), y aun no con muchos amigos, se acogió al remedio que otros muchos perdidos se acogen, que es el pasarse a las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores, añagaza general de mujeres libres (*) . . ." Ahora bien, ¿cuántos de nuestros nobles no descenderán

(*) Cervantes. "El Celoso Estremeño".

de don Felipe de Carrizales? Ya oigo el severo expresarse, no sólo de los aristócratas indianos, más aun de los demócratas de buena ley, los cuales ni por las cinco llagas de Nuestro Señor Jesucristo quisieran provenir de los **cicaterruelos de Zocodover, los esportilleros de Sevilla,** y todos esos **mandilejos de la hampa,** que dejando desiertos los Percheles de Málaga las Islas de Riarán y la Olivera de Valencia, se acogían a estas nuestras buenas Indias Occidentales, donde sembraban su descendencia ilustre, bien como el atrevido capitán que metiéndose en el mar Pacífico hasta la cintura clavó el pabellón de los reyes Católicos. El que nos señalase a la animadversión de nuestros compatriotas, daría golpe en vago, pues de estos tristes recuerdos pensamos sacar nuestros mayores títulos a la gloria, puesto que nos sea lícito gallardearnos al modo de los siete sabios. Interrogado Bion por el rey de Macedonia acerca de sus padres: Señor, respondió el filósofo, soy hijo de un liberto deudor fallido y de una ramera; y citó este verso del ciego de Esmirna:

Desciendo de esa sangre y me glorío (*).

(*) Diógenes Laercio. "Bion".

Antígono comprendió a qué centro tiraba sus líneas el sabio, y redobló para con él las muestras de respeto y consideración. Ser hijo de un liberto y una ramera, y levantarse por la nobleza del corazón y el vigor de la inteligencia al primado de la sabiduría, es ser grande verdaderamente. Mileto, cuando ponía el trípode de Elena en manos de Táles, no pensaba sin dudada que su gran ciudadano no se conceptuaba inferior al hijo del deudor fallido. Consultado el oráculo por bien de paz, ordenó que esa prenda que contenía los secretos del destino fuese ofrecida al más sabio de los griegos. Táles se la pasó a Bias, Bias a Bion el hijo de la ramera. Mas como sabio, este debía ser modesto; se la pasó a Solón, y de mano en mano volvió a la de Táles: círculo sublime en cuya órbita giran armoniosas cordura, modestia y sabiduría, cual tres esferas animadas en cuyas entrañas viene sonando la música del cielo.

Considerar la verdad por su aspecto filosófico no es ofender a nadie: hay plumas que son como el áspid sagrado, no pican sino a los malos. Cervantes tendrá razón, por otra parte, más no sin amplias restricciones: los fundadores de mil ciudades, los preceptores de la religión y la moral, los maestros de las

ciencias y las artes, hombres de bien han de haber sido, y no todos gente hampesca o de la vida airada. Y esos aventureros fabulosos que acometían empresas tales, que al andar del tiempo serían tan puestas en controversia como la de los héroes de la Ilíada, si la historia no estuviera ahí apalancando contra la duda o la incredulidad de las futuras generaciones; esos soberbios castellanos, caballeros sin miedo, aunque no del todo sin reproche, que así miraban por su Dios como por su rey y su honra, se habrán echado al mar desde la Heria, de Sevilla, pidiendo licencia a Monipodio? ¡Calle! los conquistadores del Nuevo Mundo no se llamaban Chiquiznaque y Maniferro, Rinconete y Cortadillo; se llamaban Francisco y Gonzalo Pizarro; se llamaban Pedro Alvarado y Sebastián Benalcázar; se llamaban Hernán Cortés y Pánfilo de Narváez; y los que iban viniendo no eran menos que Blasco Núñez de la Vela, Pedro de la Gasca, y luego el apóstol del verdadero cristianismo, el ángel de la guarda de los indios, Casas, el divino Casas. Y aún cuando éste y los de su condición no habrán contribuido a poblar el Nuevo Mundo, no es menos cierto que moralizaban a los pobladores, en cuanto les era posible, con sus exhortaciones y su ejemplo.

Los virreyes capitanes generales, oidores, recaudadores y más empleados de alta jerarquía que venían de la metrópoli, eran hidalgos, sin duda, y acaso grandes de España; puesto que es verdad que las mujeres honestas no tomaron parte en la conquista ni en los establecimientos posteriores, y, menos Amazonas que las del Termodonte, se dejaban estar sentaditas en sus estrados, influidas del refrán que dice: "la mujer honrada la pierna quebrada y en casa". Si algunos de los empleados principales trajeron a las suyas, con ellas se volvieron a su patria, sin dejarle al Nuevo Mundo sino los bastardos. Que esto no os desconsuele, nobles: Don Enrique de Trastamara fué también bastardo, y rey por la gracia de Dios y su cuchillo. Si pues esos buenos castellanos, estremeños, aragoneses y andaluces andaban a cuestas la una cruz y la otra no, de presumir es que la numerosa descendencia con la cual poblaron la América hubiese provenido de alguna parte; máxime cuando los españoles no eran hombres que se dormían en las pajas, ni de San Atonio nos traían sino el puerco. Las indias pusieron la mitad en esta gran famillia americana, y de ellas y los Almagros, Sotos, Valdivias, Quesadas, Encisos, Ojedas se ha formado esta hibridación

admirable, tan superior por la sensibilidad como por la inteligencia. Las castas más finas y preciadas entre los animales nobles provienen del cruzamiento de las razas; y si se da que un agente superior fecunde a la hembra, el efecto de esta unión misteriosa es bueno sobre toda ponderación. Las yeguas de la Bética, movidas de amor inexplicable, se ponían de frente hacia la aurora, tan luego como se levantaba el céfiro; y, abriendo las fauces voluptuosamente, aspiran con ahinco las ráfagas de ese invisible galán: de este placer fantástico nacían los caballos de los héroes. Si el egoísta semental sospechara esa poética infidelidad, todavía no se diera por ofendido: ya os dije que el viejo Aristón tuvo a gloria prohijar al hijo de Saturno.

Las frutas más suaves y gustosas son las provenientes del injerto: durazno y manzana, membrillo y pera. Así el español y la india, el español y la negra, el español y... Por dicha nuestros bosques nunca han servido de templo a las salvajes divinidades que habitan los del Africa, sátiros, silvanos, faunos, títeres, o sean orangutanes, jocos, pongos, mandriles y otros miembros de esa real prosapia. Dicen que los españoles tenían predilección por sus esclavas, lo cual es muy probable: la

robusta clase que dirige las riendas del gobierno, empuña la espada, mueve la pluma y hace el cayado en la América del Sud; atrás del cutis europeo deja ver como corre veloz la sangre ardiente agitada por una gota de ébano disuelto en un licor encantado. Las hadas blancas poseen el secreto de esa prestigiación sublime: Melisa e Hipermea cuidan de sus caballeros. Los que se cierran en ser cachupines puros, están a riesgo de ir a encontrar su abuelo en Peralvillo. No creeremos en su sangre sin aligación, aun cuando, nuevos Barcochebases, vengan echando llamas por la boca. Ah, sí, ellos son los hechiceros, ellos los magos, ellos los profetas! No llaman hasta ahora **chapetones** a los tontos? Cuando a uno le digan **chapetón,** tenga él por bien averiguado que lo que le dicen es jumento. Y no que con esto tire nadie a zaherir a nuestros mayores; ¡cuándo! Los compatriotas de Quevedo, Moratín y Larra no son **chapetones:** chapetones son estos mestizos que fincan su nobleza en la ignorancia, y se prevalen del dinero para apellidar aristocracia, olvidando la **cuarta** que tienen en las venas. El **de** y el **de la,** eslabones con que algunos ilusos han esclavizado su nombre a su apelativo, no indica sino la vanidad de esos inhábiles Vulcanos: la red con que el dios

cojo pilló a Marte era más fina. Los grandes de primera clase se llamaban en España Juan Enríquez, Silva Mendoza y Sarmiento, duques de Medina y marqueses de Rivadeo; se llamaban y se llaman Pedro Girón, Angel Saavedra, Juan Prim, sin **de ni de la** que los aplebeye por el vanistorio. Los Moncadas y Requesenes, los Rovellas y Villanovares, los Palafojes y Rocabertis, los Cerdas, Manriques, Guzmanes y Mendozas; los Alencastres, Palles, Nuzas y Meneses tenían en la cuna lo necesario para no pedir al **de** la pureza de sangre que acaso les falta a los que por ahí lo tienen garrafiñado. En Francia el **de** es inseparable de la nobleza, lo mismo que en Alemania: **von** Molke, **von** Arnin: en España no es necesario, y lo usan los que quieren, **ad libitum,** dice Fernán Caballero. En Inglaterra tampoco se usa el **de:** nunca se ha dicho John **of** Buckigham, William **of** Pembroke, sino Juan Buckigham, Guillermo Pembroke. Lord Byron se llamaba Jorge Górdon. El que tuviese en las venas sangre de Duchicelas sería tan noble como el que la tiene de Orleans; y descender de la reina Paccha vale tanto como ser nieto de Catalina de Rusia. Si va a los negros, ¿por qué no suponer que nuestras abuelas fueron princesas de esas que, ca-

balleras sobre livianas avestruces se desflechan cual sombras encantadas por los arenales ardientes de su patria? Sabido es que el vencedor cautiva al pueblo vencido en esos países bárbaros, y lo vende príncipes y princesas inclusive: aún puede ser que vuesas mercedes, grandes señores de las Indias, hubiéseis cabalgando en avestruces, menos ha de cuatro siglos, cuando Huaina Cápac traía a sus pies al viejo Pichincha, hiriéndole en la frente con el cetro de los Incas.

Que hay en la América meridional clase noble por la sangre y por las obras, nadie lo pone en duda, según es preciso que la haya en todos los pueblos de la tierra; pues aun cuando remontando por su genealogía hasta ponernos en Toledo, Madrid o Zaragoza hallásemos que no todos nuestros aristócratas descendían en línea recta de los Zúñigas de Villamanrique o de la gran casa de Béjar, todavía es verdad que la sangre se ennoblece, como se puede ennoblecer una casta de animales, como se mejora una planta, mediante aquellos procedimientos que eliminando el mal principio hacen prevalecer el bueno. El cruzamiento de las familias con tendencia a mejorar de continuo, acaba por azular las venas, y a la vuelta de algunas generaciones prepondera lo

mejor, dejando en el pecho huellas casi imperceptibles de los agentes sojuzgados. Los Médicis de Florencia fueron por su origen simples mercaderes, hijos del pueblo por el mismo caso; y andando el tiempo, de entronque en entronque, llegaron a ser de la primera nobleza europea, y aún a sentarse en más de un trono. Tanto como esto pueden las riquezas bien usadas, siendo como es la liberalidad sabiduría de la ambición. Liberalidad cuerda y grandiosa; no el labrar gratitudes individuales, que tampoco es malo; liberalidad practicada en favor de la asociación general, las luces, las buenas costumbres y otras cosas altas y profundas; liberalidad, en fin, que vuelve nobles y señores de pueblos a los que la ponen por obra. A nuestros nobles los pintaría Miguel Angel la una mano extendida hacia la banda presidencial, la otra apretando la faltriquera. Miel en la boca y cierra la bolsa: mala política. Y aún muy felices si no les pusiera lo que le puso a cierto miembro del Sacro Colegio en su gran cuadro de los Números. Tan instruídos son la mayor parte de nuestros aristócratas, que hay que decirlo claro: ¿Saben lo que le puso Miguel Angel al consabido cardenal? Orejas de burro, como lo puede ver en la capilla Sixtina cualquiera que viaje a Ro-

ma. Y no otra cosa les pusiera, si está ya bien averiguado que la aristocracia sudamericana reconoce por sus progenitores legítimos a cuanto gallego y asturiano concurrió a la conquista de las Indias. Borbones, Borbones de las Indias... Barbones cuanto quieran: Hudibrás fue barbón; a Melgarejo, canalla de origen desconocido, le he visto retratado con barbas de Zoilo; Lucifer peina unas rucias formidables:

> Gl'involve il mento, e su l'irusto petto
> Ispida e folta la gran barba scende;
> E in guisa di vorágine profonda
> S'apre la bocca d'otro sangue immonda.

Barbones de las Indias, ¡Ah Barbones!... Como fueron sus ascendientes así son ellos, si enemigos del saber, si extraños a las virtudes. Sin luz ni amor, sino con el orgullo quieren regirlo todo. Andar, son hombres y llenos de flaqueza.

El mal no estaría en que hubiese entre nosotros clase aristocrática, sino en que ella no fundase su nobleza en la superioridad del ca-

rácter y la ilustración del espíritu, dirigidos sus esfuerzos al cultivo de las virtudes públicas y privadas. En las diferentes repúblicas hispanoamericanas muchos deben de haber, y los hay sin duda, que siendo parte de familias principales, se entregan muy de propósito al cultivo del corazón y el entendimiento, por medio del estudio y las consideraciones filosóficas; con cuya salvedad podemos ya decir que, por la mayor parte, nuestros príncipes republicanos son caballeros de capa y espada, que echan por el camino del menosprecio de las letras humanas, siendo a su vez el ludibrio, y con razón, de los que se adornan con ellas. Señorones condecorados cuya venera es la ignorancia, andan garbosos con las insignias del espíritu malo: soberbia, codicia, lujuria, cruces de Satanás. Este emperador es muy amigo de la nobleza; de la falsa, que la verdadera no consiste sino en el señorío del alma. Si los trajésemos al cepillo a esos grandes señores, las que no cayesen bajo de él no serían sus mayores asperezas. Desalados por los bienes de fortuna, tienen en poco la honra, y se van con el turbión de la codicia, que da con ellos no pocas veces en la infamia. Tanto como esto son difíciles los hechos generosos para los que han recibido poco de la naturaleza, sien-

do al propio tiempo los engañados de la suerte. En la vida s o c i a l no se hacen con los pobres; y cárguelos Judas si pudieran vivir sin ellos: necesidad de unos es abundancia de otros. Y como en este mundo feliz donde la república ha nivelado las clases, no hay sino las riquezas que prevalezcan después del talento, resulta que por allegarlas sueltan la rienda a las peores pasiones, y se van tras ellas adonde quieran llevarlos esas divinidades tenebrosas.

Las riquezas son, pues, el fundamento de la aristocracia hispanoamericana, atento que ni la ley reconoce títulos, ni las costumbres les hacen a los aristócratas preferencias debidas a sus memorias solariegas. Los últimos marqueses, marqueses de hecho, no de derecho, han desaparecido de la América democrática, y no muestran semblante de volver en ningún tiempo vínculos ni mayorazgos, sino es en un oscuro rincón donde se echa de la universidad a los plebeyos, se vuela de los beneficios a los curas aindiados, y se da el escándalo de discutir en el Congreso si el más corpulento de los eunucos acepta o no las insignias nobiliarias que han comprado en Europa con las lágrimas del pueblo. Hay con todo familias que se aferran sobre sus tradiciones, y otras

que han fundado dinastías domésticas por su cuenta y riesgo, tan en su punto la soberbia, que se dejan consumir en sus casas, antes que prestarse a enlaces deslayados que las traerían a menos en el concepto de sus cofrades de Rusia y Alemania. Como de esas ha habido en una ciudad de la nación más democrática y liberal de Sud América en la cual la democracia hizo estragos tales, que el recinto sagrado de la nobleza quedó para guarida de ratas y murciélagos. **Jerusalem deserta facta est.** Cansadas de la cruz que San Jerónimo ofrece, pero no ayuda a llevar, las infantas vinieron en buscar remedio a su cuita; y como frisase con los treinta años, la primogénita miró por sí con el mayordomo de la hacienda. La segundona, envalentonada por el ejemplo de su hermana mayor, anocheció y no amaneció, como suelen decir; y como lo propio había sucedido con el sastre del portal, los malsines quisieron suponer que había sido de concierto con la hermosa Briolanja. La última no quiso ser para menos, y del pie del confesionario, tomó las hebillas de don Diego, como dice un gracioso hablador, con el zapatero de la esquina. Añade la meledicencia que el sastre era remendón, y el zapatero lo era de viejo. Pongo a la consideración de legos y letrados si los

cachorrillos de esos hábiles artistas no traían ya en las venas más de libra y media de sangre de Puñonrostro y Sabioneta! Las reinas madres, de puro enojo, se rindieron a la sepultura; dispersáronse los criados, y la mansión de las Musas quedó como si por ella hubiera pasado Atila. La carta de San Jerónimo a las vírgenes de Hermón llegaría tarde a esa ciudad. "Sembrarás con lágrimas, a fin de cosechar con alegría; cubrirás tu cuerpo con un horroroso silicio, que es el vestido que más agrada a Jesucristo." **Manco vale:** a los ermitaños de la Tebaida el seguir estos consejos. Un cierto grande y venerable cura a quien tengo el honor de conocer, los sigue letra por letra: cuando ha de montar a caballo, hace llamar con campana a sus feligreses para que le ayuden a alzar la pierna: No me toquen, no me toquen, no me toquen por los silicios!, exclama, y monta con mucho trabajo. Esto no quita que sea el padre de su pueblo, como Inocencio VIII, y que siga aumentando la población, porque aun no es viejo. ¡Pobre San Jerónimo, cómo le engañan sus devotos!

Montesquieu, en su gran estilo, ha dicho que los conventos son abismos siempre abiertos donde se hunden las generaciones venideras: así las casas que cierran la puerta al Hime-

neo son dragones que devoran a los que deben nacer, y destruyen en el seno de la nada los mejores frutos de la naturaleza. Esa amable divinidad se venga con furor cuando la desprecian y la irritan: a falta de Adonis y Narcisos, buenos son para ella sastres y zapateros. El que está esperando señorones para casar a sus hijas, corre peligro de entregarlas a un príncipe de Cavalcanti. No ha mucho llegó a Quito un primo hermano del emperador Francisco José con el título de **conde de Churimburgo.** (Les perdono la vida a los lectores suprimiendo las diez o doce consonantes que traía el nombre verdadero del príncipe alemán). No gozaba de renta sino la bicoca de mil pesos diarios el pobrecito; más traía carta blanca de Su Majestad imperial sobre todos los banqueros del Nuevo Mundo. Unos a ofrecerle sus casas, otros a ponerle a su disposición sumas competentes de dinero; éstos a sacarle en coche, esos a lustrarle las botas; tales a darle mesas de once, cuales a pedirle su retrato, se afanaron de suerte esos buenos dervises y santones de la bienaventurada Quito, que si el conde se les muestra más propicio, se lleva diez vestales por lo menos, siquiera para azafatas y meninas de la emperatriz su cuñada, o para amas de honor de su augusta esposa, si

él viniera en tomar estado por su parte. ¡Y son pocos los pisaverdes y pisanegros que querían irse de guardamanjieres y maestresalas de Su Alteza! Tal se enmadriga el pueblo en la plaza de San Pedro cuando su Santidad le echa la bendición desde una ventana del Vaticano, tal se arremolinaban nobles y plebeyos en la casa **del conde,** por si este quisiera enseñarles el hocico entreabriendo la puerta de su sala. El conde por aquí, el conde por allí: primero que ir a misa, las viejas habían de pasar por la calle del conde; y las muchachas se vestían de mendigos para ir a verle, aun cuando no fuera a la luz del sol. Sabían éstas, sin duda, el refrán que dice, a la mujer y a la tela no las cates a la vela; pero como el conde parecía no ser hembra, bien se le podía ver de noche. El shah de Persia no llamó la atención por tal extremo en París la curiosa y novelera. Para desesperación de la aristocracia, se fue el príncipe: ¡no haber podido conseguir un mechón de pelo del conde! Con un tris de uña se hubieran contentado para ponerlo en relicario. A la vuelta de seis meses, el primo hermano del emperador de Austria estaba en el presidio en La Habana. Era un famoso caballero del milagro, lo que se llama un refinado pícaro. Esperen los aristócratas príncipes y condes para

casar a sus hijas. Si por bárbaros nos tienen esos pillos de franceses, razón de sobra: de un infeliz procurador judicial que pasa al nuevo mundo, y se corona rey de Araucania, a un jornalero de Estrasburgo que viene y funda casa de nobleza en una de las capitales de la América civilizada, no va mucho. ¿Su Majestad Aurelio I sabe cuántos azotacalles de Lyón, cuántos metemuertos de Marsella, cuántos destripaterrones de Ruán, cuántos echacuervos de París, casándose por las nubes vienen a ser de la aristocracia de Quito, Caracas, Bogotá y otras partes? Aun muy dichosa la princesa si su novio no es siete veces casado, de esos que se casan cada vez que pueden, y se hacen bautizar por especulación, como ya hizo en todas las ciudades del Ecuador cierto alemán de no rancia memoria. ¡Y esos pecadores de obispos abriéndose la boca un palmo en los **Te Deum** que se cantaban a cada bautizada de aquel honrado tudesco! No iban a dejar dentro de poco un protestante en Alemania, teniánlo creido: Augusto Nicolás y Donoso Cortés se llevaban de calles a Lutero. ¿Usted no se bautizó en Quito?, le preguntaron en Guayaquil a aquel maduro neófito, como se acercaba a la pila bautismal. "Yu mi bauteze dunde llega", respondió con loable franqueza el teu-

tón en buen castellano címbrico. García Moreno le trajo al banco del imperio, y mandó levantarle auto cabeza de proceso por hereje. Mas sucedió que a la sazón desembocase en el Pacífico un acorazado prusiano de los de doce por banda, y el siete veces católico se fue sano y salvo y muy fresco a continuar su bautismerio en el Perú, acreditando así los progresos del catolisismo. García Moreno aun no deja de hacerse cruces, **praepostera:** el diablo se santigua por atrás.

En no viniéndoles a la mano infantes, delfines, czarewitches, o príncipes de Gales para yernos, los nobles de las Indias suelen circunscribir por tal extremo el círculo de sus relaciones conyugales, que muchas veces los matrimonios no salen de la familia, privándose voluntariamente de girar en la órbita inmensa del género humano. Bien así el gran Sofí de Persia juraba en el acto de su coronación no beber agua sino del río Chauspez, secando, en cierto modo, el universo para el rey de los reyes, cuando por el contrario este gran monarca debía hallar en donde quiera levantada la copa de los dioses. En algunos pueblos las leyes han extendido la prohibición del matrimonio hasta el tercer grado de consanguinidad, des-

pués que la fisiología ha puesto de manifiesto cuán en mengua de la especie obra la propagación entre próximos parientes. Tiene secretos la naturaleza que nunca le serán revelados ni a la ciencia más profunda, acerca de los cuales lo más sabio es respetarla, sin requerir ahincadamente sus entrañas. Sabemos que los hijos de dos primos hermanos, verbigracia, nacen a riesgo de no sacar lo de sus padres, si éstos tienen lo de Salomón: pues atengámonos a esta ley de nuestra buena madre, sin importunarla respecto a las causas de semejante capricho, el cual bien puede ser un gran principio en el orden de las cosas. Si los padres no son de lo mejor en lo tocante a la cabeza y el corazón, peor todavía; los hijos no serán idiotas por pura gracia del cielo. Más a poco que insistamos en el menosprecio de ciertas disposiciones tácitas del Hacedor, las cuales son explícitas por sus efectos, ya nuestra descendencia frisa con el cretinismo, sin que nazca asegurada contra las escrófulas, los lamparones, la sordera, la mudez y más achaques de que adolece el mísero del hombre. Se ha echado de ver que las familias que no se emparentan con otras, cruzándose entre personas ajenas a los lazos de la sangre, raras veces gozan de ventajas intelectuales y mora-

les, hallándose más bien expuestas a ciertas enfermedades, incurables por lo que tienen de naturales. Hay árboles bravíos cuyo fruto salvaje no se presta al paladar, ni lo suavizan jamás, si no le obligan a producir en junta de una rama de otro árbol: así los individuos de la especie humana suelen dar frutos silvestres inadecuados para la cultura, si no buscan en otra rama el jugo con el cual deben mezclar el de su corazón. No es raro ver casas donde todo es ineptitud, sin un rayo de luz que caiga sobre la funesta lobreguez de la razón y el alma, las cuales envueltas en la soberbia van rodando sin conocimiento al olvido, pasando por el menosprecio de sus semejantes. Estas casas por la mayor parte suelen ser aristocráticas, de esas para cuyos hijos no hay pareja en toda una ciudad, que obligan a los varones a casarse por ahí a furto, y vuelven histéricas o locas a las mujeres, antes que darles por esposas a hombres que no cuentan entre sus abuelos Arjonas y Benavides de León.

Si en el Banquete de Xenofonte propusiera uno este punto a la consideración de los convidados: obra conforme a la razón, la equidad, la piedad del padre que deja consumirse a su hija en las ansias de una soledad contra naturaleza, antes que entregarla

por compañera de la vida a un hombre de bien cuya sangre no es tan pura como la de ella? Ya oigo la respuesta del divino Sócrates: No puede obrar conforme a la razón, puesto que se opone a los fines de la naturaleza; no a la equidad, puesto que el frustra los derechos inherentes a la especie humana a uno de sus miembros; no a la piedad, puesto que condena a una hija a los tormentos infernales en que gimen el corazón y los sentidos encadenados. ¿Será justo, cuerdo, piadoso el hombre que gusta de ver a una hija convelerse en las contorsiones de la epilepsia, echar espuma por la boca, rechinarle los dientes, la cabellera revuelta, el vestido en impúdico desorden, primero que verla tranquila y virtuosa en un hogar modesto, adorada y servida por un hombre sin tacha, feliz con las caricias que hace a sus hijos pequeñuelos y las que de ellos recibe? La sabiduría de Dios no sufre contrarresto: ella puso la soberbia como el primero de los pecados capitales. ¿Y qué proporción guardan la humildad cristiana, la caridad, la piedad de ciertas mujeres realmente buenas, con la ira en que se inflaman cuando un hombre a quien juzgan inferior solicita la mano de una de sus hijas? Mantenerlas y obligarlas a morir en ese dolo-

roso aislamiento en el cual no saborean las tiernas afecciones y los legítimos placeres con que la Providencia ha querido descontar los quebrantos y dolores de la vida, es transgredir las más santas leyes y hacer pie contra el Todopoderoso. Manifieste esa familia infatuada y orgullosa las ventajas de abrigar en su seno una o más jóvenes entregadas a esa horrible brujería del histerismo, padeciendo por su parte y haciendo padecer a todos, y le podrá ser remitido el crimen de la mutilación humana. ¿Qué es sino una mutilación el secuestro de un miembro de la especie, matándole en las entrañas del porvenir el fruto que debía ser gloria del Creador y propia alegría? Hace además un maleficio sobre las facultades del corazón y el alma, las cuales permanecen bajo una obscura capa de insensibilidad, si no se las despeja halagando a la naturaleza con aquella variedad honesta de que gusta en sus misteriosas aspiraciones. La unión conyugal entre primos hermanos, entre tío y sobrina o viceversa, es error que redunda contra el perfeccionamiento del linaje humano, fin al cual todos sus miembros han de tender por conveniencia y obligación. Pero los nobles, en ciertas ciudades no muy populosas, entroncan entre sí, y de ellos salen esos

como sátiros cuyos disparos son pura obra de la carne, estando dentro de ellos el alma sepultada en pesado sueño, del cual no se despierta ni un instante. En las grandes ciudades en cuyo circuito las clases son harto numerosas para que las familias todas no sean una misma, pueden cruzarse entre personas de condición análoga: de esto proviene quizá el que la aristocracia en las naciones europeas compita con la democracia en las producciones del entendimiento, los elevados y fuertes impulsos del corazón, el cultivo, en una palabra, de la sabiduría y las virtudes, las cuales son en realidad la única gloria del género humano.

En las ciudades de la América meridional, de escaso número de pobladores, la clase aristocrática suele ser de suyo reducida, enlazadas las familias por estrechos vínculos de sangre. No contentas con esto, hacen lo posible por que uno de sus miembros no salga del hogar, y allí le casan con su prima hermana o con su sobrina; aún muy dichoso el mancebo si su novia no es su tía, no embargante la peluca ni la pechuguera inveterada. ¿Pues cómo, cuándo han de mejorar su condición moral, si lejos de propender al pulimento y la lisura del alma, la embastecen y achaparran? No es raro ver a algunos **grandes seño-**

res de los de capa y gorra empeñados de continuo en ser los primeros en la gradación política, y quedarse con la mano extendida hacia el bastón del mando, a causa de su incapacidad, sin que afloje empero su ambición al desengaño repetido. Hay incapacidad intelectual e incapacidad moral: el talento no suele ser bastante para los fines de la ambición, si no se le impulsa con la fuerza del valor, untada la rueda con ese filtro mágico que se llama liberalidad. A falta de estas prendas, conviene la impetuosidad del huracán y la fuerza del león en el carácter; si nada de esto concurre en el ambicioso, habrá de ser el hijo de la fortuna, de esos a quienes protege Satanás para mayor gloria de su reino. Los tesoros nada pueden, si no toman su esplendor de la largueza; y aún ésta, si no la lleva de la mano la cordura, no granjea sino ridiculez. Inteligencia necesitamos hasta para los vicios, esos vicios mayores de marca que acreditan la elevación del ánimo en esos corrompidos que no temen ni mutilar las estatuas de los dioses, sintiéndose, como se sienten, grandes hasta para el crimen. El que es ambicioso como Alcibíades, ha de tener su inteligencia, ha de ser valiente como él, hábil y predominante por las dotes físicas y morales. Lépido, rico y tonto,

fue la burla de los romanos. El mundo es de genio, como en manos de César; de la habilidad consumada, como en las de Augusto; de la fortuna y el crimen, como en las de Domicio Oenobardo. La fortuna suele ponerse muchas veces en lugar del mérito, y ésta es la negra perversidad del mundo; pero cuando obra la gran virtud de las cosas, en vano lucharía Esaú con Jacob en el vientre de su madre.

No queremos decir que a un pobre esguízaro se otorgue al punto la mano de una niña hermosa, cuando tras la belleza y la principalidad el dios Oro, de recio corazón, niega airado su aquiescencia; ni sería justicia rigurosa que so color de fraternidad fuésemos a deslayarlo todo, trabucando la armonía que debe reinar entre las cosas: la asociación civil tiene su ritmo al cual no se puede faltar aquí, sin que la disonancia se haga sentir allá: la sociedad humana no es obra de una pieza; son innumerables las que la componen: si las dislocan y revuelven en confuso desorden, todo se viene abajo. Señoronas que van con manto de seda de los de a cinco en púa, no son para la gente de toda broza, y es bien que esperen la detraza; del mismo modo los caballeros principales huirán tanto cuanto de casarse por el

barrio de San Antonio, como Pedro Bonaparte. Mas cuando el mérito personal sobresaliente, sabiduría, ingenio, honradez, valor, generosidad realzan a un hombre; honestidad, cordura, diligencia, cultivo, en fin, de las virtudes femeninas a una mujer, ¿estará puesto en razón se les descomponga la sangre en prolijo análisis, para sacarle los buenos quilates, y echarles la escoria al rostro? ¡Dios de la vida! ¿cuáles son entre nosotros esos Portocarreros de Varón, condes de Medellín, esos Enríquez y Borja, marqueses de Alcañifas y Almansa; esos Ramírez de Arellano, marqueses de Hinojosa, señores de los Camareros; esos Mendozas y Sandobal, duques del Infantado; esos Silva y Manríquez de Lara, marqueses de la Liseda; esos Pachecos y Girón, condes de Puebla; esos Toledos y Fonseca, marqueses de Tarazona; esos Men Rodríguez de Sanabria; esos Espínolas y Aragones; esos Ladrones de Guevara, Saldañas y Moscosos; esos condes de Gelves; esos duques de Sidonia y de Veragua? ¿Dónde están en América los renuevos de esos ilustres señores, gloria en otro tiempo de la madre patria? Los **huaches** de Bogotá, los **cholos** de Quito, los **rotos** de Santiago, los **léperos** de México: los **chagras, huasos, gauchos,** los **ños, ñores** y **dones;** los

encamisados y los descamisados, en fin, de toda la América meridional, inclusive la formidable cohorte de zambos, mulatos, cuarterones y quinterones; todos éstos y cada cual de ellos, si entendiesen de genealogía pudieran probarle al más pintado caballero que sus abuelas fueron hermanas y moraban contiguas, la una en la abacería de tal calle, la otra en el figón del frente. Cholos y rotos vemos en el día que serán, sin duda, troncos de familias de la primera aristocracia, según que se hacen traer ropa de Dusautoy y van con guante de Jouvín: el **pesant lourd et trebuchant clair** de Rabelais entraña hoy más nobleza que la sangre de los Merovingios y los Carlovingios. El judío Rothschild es el **barón de Rothschild,** de la nobleza de Francia; y llévele pateta si halla sus progenitores entre los Montmorency ni los Valois: la cuna de sus padres rodó tal vez entre los harapos del barrio de los hebreos de Francfordia; la tumba del hijo se levantará de mármol de Carrara en el **Padre Lachaise** junto a las de los duques y mariscales de Francia. El **pesant lourd et trebuchant clair** es gran elevador de la condición humana.

La nobleza es prenda sujeta al vaivén de todas las cosas, prenda que puede ser adqui-

rida, y se la puede perder por el mismo caso. Se la adquiere por los grandes hechos, por el valor ajuiciado, ese valor que constituye el heroísimo: casi todos los tenientes de Napoleón vinieron a ser la principal nobleza del imperio, y reyes varios de ellos. Se la adquiere por los servicios a la patria, esos servicios que la ilustran y engrandecen: Bismarck es hoy, no sólo canciller del Imperio alemán fundado por él, más aún príncipe y deudo del emperador, por una curiosa ficción de la corona. Se la adquiere por la inteligencia descollante, por las obras extraordinarias de la sabiduría: Los Reyes Católicos dieron carta ejecutoria a Cristóbal Colón; Herschell la obtuvo por su parte de Inglaterra. Se la adquiere por las riquezas bien habidas y bien usadas, esas que granjean a sus poseedores la estima y el cariño de sus semejantes, interviniendo caridad, liberalidad, grandeza de alma: el nombre del banquero Laffitte es uno de los que pronuncian con más respeto y amor sus compatriotas. Si Peabody hubiera nacido en una monarquía, habría sido noble de primera clase: sus millones invertidos en remediar el hambre de los pobres y en ilustrar al pueblo, le habrían hecho duque. No importa que no lo haya sido; es el príncipe de la caridad y la

filantropía en una gran nación republicana. Se adquiere, finalmente, la nobleza por el favor del soberano. Esta suele ser la menos envidiable. La nobleza de Napoleón chiquito es nueva casi toda: los que le dieron la mano en su fuga de Ham; los que le acompañaron en sus calaveradas de Estrasburgo y de Bolonia; los que le aconsejaron y le apoyaron **el 2 de diciembre,** todos estos vinieron a componer la nobleza del segundo Imperio, sean quienes se fuesen. Una inglesita de Londres, de esas a quienes no hubiera escrito San Jerónimo, fue luego **condesa de Beauregard,** y moraba en un castillo junto al parque de Saint–Cloud. A lo menos estas ejecutorias tenían noble principio: Luis Bonaparte no era ingrato: esa mujer le había amado, servido y mantenido durante el período más amargo de su destierro; él la hizo condesa cuando se vió emperador. Hizo bien. La gratitud, encarnada en formas puras, es una de las más bellas figuraciones del espíritu.

La nobleza se pierde moral y positivamente: así como los soberanos conceden títulos nobiliarios, y envisten de calidad señoril a una persona, asimismo dan carta desaforada. Una vez anulados los honores y prerrogativas, el noble queda plebeyo. Todo el que incurre en

caso de menos valer aplebeya su sangre: el infame no puede ser noble: hay también incompatibilidad entre el señorío y la indignidad. Los que dan principio a su enriquecimiento con lucros despreciables, granjerías ruines, no son, no pueden ser nobles: **el agio,** verbigracia, es una de las formas del robo: el ladrón no es noble. Los que tiran a la ruina de sus semejantes por medio de la murmuración, la difamación, la calumnia, no son, no pueden ser nobles: la nobleza se contonea en el orgullo de buena casta, y este es gran señor que mira para abajo a las pasiones viles. Los que se venden a la avaricia, y por satisfacerla vuelven la espalda a la moral, no son, no pueden ser nobles: la nobleza anda con gran prosopopeya por el ancho campo de la liberalidad; el desprendimiento en su corona. Los que juran falso, profesan la mala fe, practican el dolo malo, no son, no pueden ser nobles: la nobleza jura por Dios y la honra, y no engaña a uno ni a otro; habla siempre la verdad, **ca ninguna cosa es más del caballero** que el ponerla por delante en las palabras y los hechos, y mira con horror toda superchería. Los que se arrastran a los pies de un tirano y le rompen a besos la mano podrida en sangre, no son, no pueden ser nobles: la verdadera nobleza

es austera, no contemporiza con los crímenes y la corrupción; no sufre mordaza en la boca ni cadena en el tobillo. Tan gran cosa es una ilustre sangre, que no apreciarla, es negadez; enturbiarla con una acción ignominiosa, irreparable desgracia. En estas consideraciones se fundó, sin duda, la más sabia de las sectas de filosofía, cual era la de los estoicos, para sentar este principio: no hay más nobleza que la de las virtudes.

De "Los Siete Tratados".

EL OTRO MONASTICON

Como el suceso que voy a referir es verdadero en sustancia, será misericordia ocultar los nombres, bien así de la ciudad donde ocurrió, como de los personajes que actúan en él con violación aterrante de las leyes divinas y humanas. Y para rehuir la enojosa inicial con que suele indicarse un pueblo o un individuo, tomaré de la nada la denominación de una ciudad perdida y muerta en el seno de los bosques del Nuevo Mundo. Entre las que los conquistadores fundaron con más fama de grandeza, recordando por ventura otras del antiguo continente, hallábanse Logroño y Zamora, sólo de nombre conocidas en nuestro siglo. Es fama que los aborígenes, saliendo a deshora de lo profundo de las selvas adonde se habían retirado, degollaron varones, viejos

y niños, y cargaron con las mujeres a las impenetrables guaridas de la barbarie.

Logroño y Zamora fueron sepulcros desiertos donde el jaguar, la culebra y más fieros hijos de la naturaleza montaraz hallaron cómodo abrigo, mientras el chaparro salvaje iba dando paso a los árboles corpulentos que surgían al pie de las murallas y las bóvedas. Cuenta un viajero que habiéndose internado por los montes del Azuay con achaque de exploraciones, o en busca del oro tentador de sus ríos, echó de ver súbitamente ruinas de habitaciones entre la maleza, troncos enormes de torres, fragmentos de muralla de ladrillo colorado, arcos gigantescos y otras de estas. Si el miedo o la realidad, no lo sabemos; el hecho es que él vió o pensó que veía un salvaje de larga cabellera sentado de espaldas sobre un escombro. Huyó; y cuando volvió en compañía de muchos, nunca más pudo tomar el hilo de sus primeros pasos. No causaremos, pues, rubor sino a la nada, atribuyendo a una de estas ciudades difuntas lo que pasó en una muy viva y presente a los ojos del Nuevo Mundo.

En las naciones europeas la sociedad humana está dividida en tres clases, la principal o noble, el estado llano y la plebe. El cruza-

miento de las razas en la América del Sur ha dado origen a una intermedia entre el estado llano y la hez del pueblo; ésta es la mestiza, proveniente de enlaces de españoles con indios al principio, a la cual debemos adscribir también la que tiene su cuna en los amores de los castellanos con las negras transportadas de Africa. La hez del pueblo la componen los negros y los indios: éstos son, en realidad, la gente del gordillo: los mestizos por nada consentirían en pertenecer a esa clase; antes propenden a elevarse eslabonándose con familias que pican en aristócratas sin más que los bienes de fortuna, los cuales dificilmente acertarían a componerles un árbol genealógico. Los mestizos provenientes de la hibridación entre españoles y aborígenes se llaman **cholos** en unas repúblicas, **huaches** en otras, **rotos** en éstas, **léperos** en esas. El hecho es que esta casta cruzada ha beneficiado hábilmente el seno de la madre naturaleza, y provista de buen entendimiento, valor y audacia, se levanta a los primeros peldaños de la gradería social, sopalancando en la estolidez de los sedicientes nobles, escasos de fuerza moral e intelectual por falta de cruzamiento y de entronques mejoradores. Pero sucede que los mestizos, así como llegan a ser generales, obispos o pre-

sidentes, ya no quieren ser cholos ni mulatos, y se dan maña en urdir genealogías de Béjar o de Men Rodríguez de Sanabria. Las cholas que a fuerza de oro han dejado la bayeta, vienen a ser condesas; y nadie mira más para abajo a las de su clase que estas señoras de a cinco en púa, sucediendo lo mismo con los mulatos y las mulatas, los zambos y las zambas, y toda esa caterva de mestizos que componen la mayoría de las repúblicas hisponoamericanas. Sea de esto lo que fuere, de esta clase suelen salir beldades de carácter tan raro, que llaman por extremo la atención de los viajeros curiosos y averiguadores. Una **bolsicona** de **Quito,** verbigracia, con su follado de bayetilla o de paño de primera, ancho el ruedo, exigua la cintura; follado que no se atreve a cubrirle el piececito primorosamente calzado con zapato de raso en chancleta, imagen es que Teniers hubiera tomado por modelo de sus mejores cuadros, donde belleza y voluptuosidad se dan la mano y andan amenazando con poner fuego al mundo. Teresa de Jesús Alvinca, heroína de la presente relación, era una de estas admirables bolsiconas o mestizas acomodadas a trabucar el juicio a príncipes de Asturias y de Gales. Blanca, sumamente blanca, su mata de pelo semeja a el

ala del cuervo, para usar el estilo de Ossián. Gorda es, sin parecerlo: sus mejillas están brotando sangre purísima: sus ojos alimentan ese fuego negro que enciende y consume las almas de los que caen en ellos, como en red que les tendieran los ángeles y los demonios coaligados con un fin desconocido. Los labios, grosezuelos, parecen el botón de la granada: el seno prominente está echando de la camisa afuera dos globos de mármol ligeramente sonroseado: el brazo presenta una abundancia de elementos voluptuosos, que es delirio el contemplarlo bajo el hombro apretado por la manga corta. El zapato no le ciñe sino los dedos: el empeine del pié, rebosando de su pulida cárcel, ostenta un edema natural, que los ojos indiscretos se lo comen a bocados. El tobillo es cenceño; más a poco que la retrechera se entregue al manejo del follado, empezará a levantarse tal y tan blanca gordura, que la pantorrilla es ya un prodigio de salacidad inocente y delicada. Las manos son monas en esta Teresa de Jesús Alvinca: trabaja con la aguja en telas suaves: ni lava ni avienta el fuego; no pueden estar echadas a perder por estas duras labores. Tiene diez y ocho años: empina el puchero: es honesta, de buenas costumbres; ¿qué maravilla si más de cua-

tro mancebos tienen por ella la cabeza a las once? Muchos han pedido su mano; a todos los desdeña: gusta de la honradez y la cultiva: su madre adora en ella, y una y otra esperan en que Dios, premiando sus virtudes, les suba la fortuna.

Entre los enamorados de esta mestiza interesante andaba un clérigo llamado Joaquín Escudero, con tal pasión a cuestas, que bien hubiera bastado para que este galán de sacristía hubiese hecho pacto con el diablo, cual otro doctor Fausto. Dicen que las mujeres, cuando educación y cultura no gobiernan sus inclinaciones, propenden fatalmente a la cogulla y la sotana, con detrimento de la parte civil, para vergüenza de poetas y doctores. Si esto es así, malditos sean esos rivales de ropa talar, tan feos para nosotros, que tanta guerra nos hacen y tantos combates nos ganan con su cara monda y lironda, sus dientes amarillos, y esa humildad que es de decirles: ¡Pobrecitos! ¿Pobrecitos? ellos nos compadecen, se ríen de nosotros, cuando, debajo de mi manto al rey mato, van ofreciendo su alma al enemigo con fianza de la hipocresía, y nos quitan de la boca los más dulces pecados. ¿Es posible, hermosas, que os sintáis flacas e indefensas ante un fantasma de esos, que

entra como sombra del diablo, saluda en latín y se sienta por ahí metido en su sotana, como en funda de muerto? Rasa la quijada, enorme la boca, el collar le está ajustando que le da aspecto de ahorcado. ¿Cómo viene a suceder que este hijo de la noche tenga más ascendiente en vuestros corazones que un mozo de bel mirar, apuesto y denodado, que gasta sin miedo, acomete peligros, y ante las vuestras fermosuras cae de rodillas, para salir con un puntapié en la boca del estómago? Si fuera verdad inconcusa que los clérigos nos llevan la delantera en esto de gollerías amorosas, muchos conozco que aún de viejos se ordenaran; más no siempre sucede lo propio; y clérigos hay que, no de buenos, sino de tontos y desmañados, se han de ir con palma y guirnalda a los infiernos. Hum... dice por ahí un canónigo, mirando de soslayo a sus nueve hijos. Pero esto no hace a mi propósito, sino el clerizonte que estaba echando los bofes por mi Teresita de Jesús Alvinca. Esta no hizo caudal de ese amor eclesiástico: mientras los expedientes del señor abad no violaron los límites de la seducción respetuosa, ella no le mostró sino desprecio; más cuando echó de ver que ese Tartufo de menor cuantía era capaz de todo, horror fue el suyo, y se dió a ce-

rrarle las puertas y evitar su encuentro en iglesias y calles, porque desde lejos echaba ese hombre sobre ella un sobrealiento de perdición, que era como el hipo de la muerte. Cosa segura el ver ese fantasma a hito al pie de su ventana desde las siete de la noche, paseándose de largo a largos pasos unas veces, otras inmóvil como el palo de escoba que las brujas plantan para bailar en torno.

Vivía esta mujer calle de Sanguña en la ciudad de Zamora. Dando la vuelta el año, he aquí que llega la cuaresma. Teresa de Jesús no había echado por ese camino de insensibilidad y despego que se llama devotismo: religiosa de suyo, como toda mujer, cumplía con los preceptos de nuestra santa madre Iglesia, confesándose una vez al año, ayunando en témporas y vigilias, oyendo misa los domingos y días de guardar. Su madre le hizo presente que convendría hallarse para el jueves santo en disposición de recibir el Santísimo en la Capilla Mayor. ¿Con quién quieres confesarte?, le preguntó. Con el padre Oquendo, señora. Santo varón, dijo la madre: voy a verle. Al tercer día Teresa de Jesús se llegaba humildemente a la reja. Después de media hora de espontáneas deposiciones: "No pecas, dijo el fraile, si das vado a esos impulsos." Sorpren-

dida la penitente, respondió que no lo comprendía. No pecas: como tu espíritu se halle suspendido en la mano de Dios, no hace al caso que el cuerpo se rinda a sus necesidades. Ten cuidado de que el alma no reciba tacha de las cosas del mundo, y no hay para qué tirarles el freno a los sentidos. Doctrina es esta de santos doctores, hija, si alguna vez has oído la explicación del quietismo, con venia de la Santa Sede.

La muchacha, iluminada por la luz de su inocente ignorancia, se levantó y se fué, huyendo de la seducción del sacerdote prevaricador que así enseñaba el vicio en la cátedra de la penitencia. Madre, le dijo a la suya, como hubo llegado a su casa, ese padre no es el padre Oquendo: le noté la voz fingida desde el principio, y al fin se ha hecho traición hablándome en la suya propia y diciendo impiedades en el confesonario. La vieja, buena mujer, religiosa además, se puso a la sombra de un **per signum crucis** de marca mayor, exclamando: "El enemigo, hija, el enemigo. ¡Jesús me ampare! ¿conque no fue el padre Oquendo?

A obra de seis meses de este acaecido, estaba dando golpe en la ciudad un extranjero que había llegado, y con mano abierta cobraba crédito de munífico y galante. El era in-

glés, según decía: blanco de rostro, rubio de bigotes, la cabellera parecía hebras de oro, según era fina y lisa; sino que algunos querían decir que hacia la raíz estaba un tanto obscura, como si lo demás fuera teñido. Este inglés gustó sobremanera de las mujeres y las costumbres de esa tierra: "Yu está risoluto, dijo, a mi casar y mi quedar Zamora." Con esta premisa, dió en ir y venir por la calle de Sanguña, hasta cuando la casualidad y su industria le depararon la ocasión de meterse de hoz y de coz en casa de la bolsicona Teresa de Jesús Alvinca. En su media lengua, o más bien su lengua y media, se dió sus trazas para que comprendiesen que estaba enamorado hasta el meollo y quería casarse. El período de las cucamonas suele ser necesario para el descubrimiento del cariño; pero como a falta de pan buenas son tortas, dijo cuatro disparates en español ainglesado el rico bretón, y pan pan, pidió la mano de la mestiza. Cuando las envidiosas y malsines a quienes la buena fortuna de la Teresita estaba quebrando los ojos le dieron a entender que era una **chola** o gente de poco más o menos: Importa poco, dijo el inglés: en Londres será condesa de Salis**bury,** y la tratarán de **lady.** La madre de la muchacha se inclinó fuertemente a este matri-

monio: de menos juicio que Teresa Panza, ya se le hacía agua la boca de verse suegra de un lord de Inglaterra, aposentada en un palacio, y saliendo en coche con lacayos de librea. Su hija, por el contrario, experimentaba indecible repugnancia por esas bodas deslayadas, que sobre arrancarla de su país querido, la pondrían fuera de su genio y sus antecedentes. Deudos, amigas y entrometidas vinieron a la carga, y del inglés hubiera sido la niña, si el bruto olvidándose de todo, no saliera un día con alusiones a la escena del confesonario, y reconvenciones de haberle dejado allí como un bausán. ¡El enemigo!, madre, el enemigo!, salió gritando la novia, en tanto que milord bajaba la grada de cuatro en cuatro escalones y se confundía entre la muchedumbre de un barrio populoso. En balde le echó la policía una brigada de ministriles y porquerones: el inglés, como el diablo, se hizo humo, sin que de él pudiera dar noticia ni el presbítero Joaquín Escudero.

Para reponerse de tamaño susto y granjear la protección divina, Teresa de Jesús se dió a visitar enfermos y hacer limosnas, que era una santidad verla salir al zaguán de su casa a socorrer en persona a los pordioseros que a ella acudían viernes y sábados. Caritativa, siem-

pre lo había sido: ahora redobla esa virtud en vía de dar gracias al Señor de que la hubiese librado de la red que le tendiera ese perverso. Una noche, como la lluvia menuda y constante estaba haciendo su ruido monótono, se oyó en la puerta de calle la voz cascada, afligida y muerta de hambre de un mendigo nocturno, de esos que llaman vergonzantes: la bolsicona saltó sobre su canasta de pan de trastrigo, y provista de una hogaza acudió a dar de comer al hambriento y de beber al sediento, según que Dios lo manda. Hermano, dijo llegándose al vergonzante, coma esto, y ruegue por mí. Abalánzase el mendigo sobre ella como un rayo, tómala, vuela, cual si llevara una corderilla en brazos. Al primer grito de la raptada, su madre estaba afuera; y así corrió, se desgañitó y remolinó el barrio, que el lobo dejaba la presa a la segunda calle en medio de un gentío inmenso. Al otro día Teresa de Jesús Alvinca tomaba refugio en el monasterio de Santa Catalina, adonde acudían entonces las mujeres temporalmente por varios motivos de los suyos. El clérigo Joaquín Escudero, medio loco, se dió a rondar el convento por la noche, tirar piedras al tejado, cantar endechas amorosas, o echar ululatos que bien llegaban a oídos de la

reclusa. Una noche se despidió al son de la guitarra con unos versos en los cuales decía que Zamora no volvería a verle, y que se iba en demanda de la muerte a los lugares más apartados de la tierra. Una por una desapareció el clérigo: súpose después de algún tiempo que andaba por la República de Buenos Aires, y que de allí había pasado en son de fuga al imperio del Brasil, por ciertos milagros que sería peor no meneallos. La bolsicona, con esta fianza, salió del convento a porfía de su madre, a cuyo lado siguió su vida de mundo inocente, volviendo el juicio a cuanto mozo de su clase tenía la dicha de conocerla, y aún a pisaverdes de más suposición, que de buena gana se hubieran aplebeyado por el amor de tan fermosa doncella.

Un año hubo transcurrido, cuando la madre de Teresa, volviendo un día de la calle, encontró a su hija bañada en su propia sangre en medio del cuarto, los vestidos arregazados, cual si hubiera sido víctima de un crimen atroz. Por mordaza tenía en la boca un pañuelo la muchacha; otro hacía de esposas, pero muy holgadas. Viendo como muerta a su hija: ¡Teresa! ¡Teresa! ¡Hija de mi alma! Bondad del cielo, ¿qué me sucede? . . . Teresa abrió los ojos pesadamente, en los cuales

la vergüenza dió un relámpago, y los volvió a cerrar. Su madre miró por el pudor, hizo gente, interrogó a los vecinos, y le fué dicho que sólo un clérigo muy cabizbajo había entrado durante su ausencia. La joven no se levantó del suelo sino para ir a la cama: indignación, dolor, desesperanza, estropeamiento físico, motivos fueron de enfermedad, y grave. Declaróse la fiebre, la calentura pasó a delirio: al séptimo día, la malograda hermosura había fallecido. Por quitarle de los ojos a la pobre mujer el espectáculo de su hija muerta, llevaron el difunto esa misma noche al cementerio de San Diego, donde fue sepultada en presencia de algunas lágrimas amigas. Al otro día hubo gran escándalo entre los religiosos franciscos que estaban de guarnición en dicha recoleta de San Diego: un cadáver fresco, fuera de su nicho, estaba por ahí tirado en tierra, el ataúd, roto, a un lado; la mortaja al otro. Sorprendido por la aurora, el exhumador no había tenido tiempo de dar al cuerpo una postura honesta; dejólo allí como lo había colocado para su satánico apetito; le cortó los pechos a cercén, y huyó dejando aterrados a los muertos.

A los cinco años de este acaecido, el buque ballenero **Adamastor,** pescando en Spits-

berg, naufragó cerca de la costa, por obra de una tempestad del equinoxio de primavera. Salvóse la tripulación en parte nadando hacia tierra, o impelidos por el viento sobre los restos de la nave; aunque los más perecieron en las olas. La fragata **Victoria,** de la marina inglesa, vino a pasar a esa altura a los diez días del naufragio: infiriendo de ciertas señales que algunos tripulantes pudieran haber salido a tierra, acostó a la más próxima, y vieron los marinos ingleses, en efecto, algunos hombres tirados en la ribera como difuntos. No lo eran todavía: hambre, sed, frío les estaban consumiendo la vida; pero no todos habían muerto. Recogidos por la fragata, fueron expirando los más a bordo, sin ser poderosos para soportar el alimento. Otros, de más vigorosa constitución, cobraron fuerza y se salvaron. Uno llamó especialmente la atención de los oficiales de la **Victoria:** era éste un marinero que en el delirio de la fiebre causada por las sustancias alimenticias, se revolcaba sobre cubierta, dando mordiscones terribles al pavimento, y exclamando en voz perturbada: "¡En vida y en muerte!... ¡en vida y en muerte!..." Caía luego en uno como paroxismo o fallecimiento temporario, y rocobrándose, volvía a gritar: "¡Mía, mía!

¡en vida y en muerte!..." Sus compañeros, repuestos un tanto, dijeron ser ese un marinero llamado Joaquín Jéres que había servido en la marina pescante por cinco años. Quedóse un día el naúfrago en gran paz y sociego, como si descansara en el Señor, con la conciencia acrisolada por el arrepentimiento; y levantado de improviso una voz clara y simpática, dijo para todos: ¡Teresa de Jesús Alvinca, perdóname!

Antes de echar al agua el cadáver de Joaquín Jérez, los marineros de la **Victoria** le habían tomado del seno un saquito de seda que tenía suspenso al cuello: su contenido eran dos momias secas, negruzcas, arrugadas, que harto parecían, a causa del pezón, haber sido pechos de mujer. ¡Oh hermosura, funesto don del cielo!, ya lo dijo Sófocles.

Funesto fué para la más hermosa de cuantas son las mujeres de que la historia moderna hace recuerdo. La reina María de Escocia, decapitada en Fothoringay de orden de Isabel de Inglaterra, debió su suerte infeliz a la belleza como sobrehumana con la cual volvía locos de amor a los hombres, locas de envi-

día a las mujeres. La tiránica Isabel, fingiendo despreciar a su víctima, consumiéndose estaba de celos y venganza: esa prisionera que ilumina los calabozos por los cuales la trae a mal andar el verdugo, va dejando en dondequiera huellas profundas de los afectos más suaves o más apasionados, bien así por la apacibilidad de su genio en la desgracia, como por los hechizos con que trabuca juicios y prende corazones. Jorge Douglas sabe si esos ojos son mares de felicidad apiñada en dos focos de resplandor divino; si esos labios se abren como las puertas de la gloria mundana; si ese pecho ofrece al amor asiento muelle y espacioso. Cuando desde la colina de Kinróss le promete libertad, ese muchacho le está enviando su alma en la lucecilla bañada de esperanza con que a lo lejos le hace tal promesa a la bella cautiva. Huésped del rey de Francia, María Estuardo es la estrella de San Germán; reina de Escocia, parece el Genio de la fortuna próspera resplandeciendo en los palacios de Edimburgo. Prisionera de su hermana enemiga, es la diosa de la hermosura a quien la caída ha dado una grave lección en el libro del infortunio, y las pesadumbres han comunicado la autoridad del dolor fortificante del cristiano y el filósofo. El joven Chatelard

no ardía en vano en el fuego regio que estaba prendido en su corazón: por el amor de una reina, peligros son esperanzas, represiones, triunfos del orgullo: por el amor de mujer como María Estuardo, la muerte es dulce recompensa. Así es que el bardo cantaba sumergido en lágrimas; en lágrimas, con ser soldado:

O déesse immortelle,
Ecoute donc ma voix,
Toi qui tiens en tutelle
Mon pouvoir sous tes lois.

Afin que si ma vie
Se voit en bref tarie,
Ta cruauté
La confesse périe
Par ta seule beauté.

Funesto es el don de la hermosura, cuando para la que lo posee, cuando para las que lo envidian y los que la codician. Funesto ha sido en todo tiempo, no en las mujeres solamente, pero también en los varones. Dicen que el padre de Mahoma era hermoso, de manera que el día que se casó con Amnisa, doscientas muchachas árabes de las más nobles tribus se

mataron de dolor y desesperación; y bien así en la Biblia como en el Corán constan los aciagos efectos de la hermosura de Joseff, hijo de Jacob. El libro de la ley de los musulmanes, menos severo que el de los cristianos, disculpa a la mujere de Putifar en un pasaje simbólico, que harta miga contiene respecto del carácter y las propensiones mujeriles. Como esa carirraida tuviese conocimiento de la murmuración general, reunió un día en un banquete a las más habladoras y mordaces. A media comida, el joven hebreo, ricamente ataviado, comparece en medio de muchos caballeros que estaban cumpliendo las órdenes de la gobernadora. Las damas del festín, devorándole con los ojos al mancebo, empezaron a decir pasito: Dios nos guarde... Dios nos guarde... Y se cortaban las yemas de los dedos en vez de pelar la naranja que cada cual tenía en la mano.

El siglo de Luis décimo cuarto, siglo rey, que ha brillado por las armas, las letras y las artes, ha sido también el siglo de la belleza y la galantería en los tiempos modernos. Las queridas del monarca devoto a quien los jesuítas dieron bula de concupiscencia, afirmando que ella no hacía al caso para la salvación del alma; esas mujeres, digo, pasan por arque-

tipos de belleza femenil, y fueron tales que hubieran podido echar raya entre las Menserates, Gliceres, Gnathemiones, Floras y Lais de Atenas. La señorita La Valiére, desde luego, la más feliz y más infortunada; la marquesa de Montespán, la Fontange, y por último esa madama de Maintenón tan nombrada por los franceses, dieron a la corte del rey sol el brillo funesto de los vicios, que so el barniz de la cultura y el refinamiento abrigaban la carcoma de las virtudes. Esa época dichosa de Napoleón llamada el Directorio resplandeció asimismo no menos por la belleza que por la ilustración de ciertas grandes mujeres que se ladean en la historia con los grandes hombres de ese tiempo tan glorioso para la nación francesa. Mademe Tallien, mujer de altos pensamientos y corazón encendido; madama Beauharnais, tan galana como ingeniosa; Sofía Gay, esa linda Magalona de la caballería moderna; y sobre todas, el sueño perpetuo de Chateaubriand, madama Recamier, mujer de belleza incomparable, a la cual el autor de **Genio del Cristianismo** tributó culto ardiente, gastando mundos de amor en ella, sin recompensa, y lo que suena peor, sin esperanza. Bien hubiera querido el señor visconde don Francisco ser con ella, no el autor

grave del libro con el cual había puesto asombro en Europa, mas antes el indio Chactas que huye por los bosques con su libertadora, y la oye a ésta en su lecho de agonía arrepentirse de haber sido de su amante.

Los turcos sacan en el día las mujeres más hermosas con las cuales enriquecen los serrallos del Gran Señor y los príncipes Bajaes, las sacan, digo, de Mingrelia, Circasia y Georgia, comarcas afortunadas que han heredado algo de las antiguas Chipres, Gnido y Amatonte. La Imerecia suele producir beldades primorosas; y esto mismo sucede con los pueblos que habitan las faldas del Cáucaso, siendo la cosa más notable del mundo que al lado de muestras tan cumplidas del género humano vivan las castas más deformes y repulsivas que conoce el viajero, como son los calmucos y los tártaros nogáis. (*) Callot, pintor perpetuo de lo feo, hallaría su paraíso entre esos bárbaros desventurados, y nada tendría que hacer en Georgia, Circasia ni Mingrelia. Entre las naciones europeas que hoy dan la ley de la civilización al mundo, Inglaterra se lleva la palma en orden a la hermosura de las mujeres: altas, blancas, rubias, las inglesas son dei-

(*) Virey. "Histoire naturelle du genre humain."

dades mitológicas que andan entre los mortales, combatiendo a unos, favoreciendo a otros. Algo hay de las heroínas de Ossián en una bella hija del Támesis: blanca y fría, es una nube fantástica que revolotea misteriosa por la orilla de un río o por una verde colina en busca de la sombra de su amante muerto en la batalla. La célebre querida de Nélson tiene fama de hermosa tanto como de despiadada; y no puede uno contemplar sin celos y despecho ese grupo de divinas muchachas que están besando apasionadamente los largos bigotes del prusiano Blucher después de la victoria de Waterloo.

Las francesas no preponderan por la hermosura, sino por la gracia, el tanteo exquisito con que gobiernan el mundo con las leyes de la moda y la elegancia. Ciertos pueblos del mediodía de la península ibérica presentan modelos perfectísimos de mujeres bellas: el reino de Valencia es almáciga de hermosuras, y hermosuras tan diferentes de las del Támesis, que bien merecen algunas pinceladas que las pongan de manifiesto. Raro, muy raro es ver una rubia en la patria del Cid Campeador, el cual debió de ser trigueño: la valenciana es de un blanco aceitunado que tira a perla salida del baño de la aurora: sus ojos son negra noche,

rota de cuando en cuando por relámpagos de luz celeste: sus labios están ardiendo como piropos en la fragua de cupido: su cabellera abundante, espesa, forma contraste admirable con la blancura de los hombros sobre los cuales descansa en lánguidos tirabuzones. El porte de la hija del Turia es regular: sus carnes, frescas, apretadas, le están condenando a la tortura al espíritu del que lo deja ir trabucado por las curvas y altos derrames de esos miembros presentes a la imaginación. Esta española pudiera concurrir a un certamen universal de mujeres bellas, y sobre mí si no se llevara el primer premio, puesto que no se lo disputase la portuguesa con sus pechos sobresalientes, palacios gemelos donde habitan amor y voluptuosidad.

En Italia hay mujeres que pasan al lienzo en forma de ángeles y vírgenes celestiales, sin que el artista hubiese hecho modificación ninguna en sus facciones. Dicen que Rafael no hacía sino copiar a su bella Fornarina para sacar esas Madonas que andan por toda Europa, valiosas como un cuadro de Apeles. Las obras más cumplidas de los grandes maestros son retratos: bien así como los poetas suelen celebrar a sus amadas en sus poemas, así los artistas inmortalizan a las suyas en sus cuadros o sus

estatuas. Ejemplo de lo uno puede ser Jorge de Montemayor en la **Diana Enamorada,** y de lo otro el gran pintor de Urbino en la **Virgen del Niño.**

Pudiera yo ser imputado de falta de amor nacional y patriotismo, si en tratándose de hermosura y gentileza me mostrase ingrato con desentenderme de estas beldades americanas que tanto dan en qué merecer a los que alcanzamos espíritus para saberlas juzgar y apreciar. Las bogotanas son bellas, sumamente bellas en sus floridos años. Su tez delicadísima no ha menester limosna cotidiana del infame albayalde ni el plebeyo bismuto para desafiar en lo blanco a la azucena. Acerca de las mejillas, pálida es la rosa, llena de rubor agacha la cabeza, cuando una dríada del Funza comparece en el jardín vestida de pastora. Desgraciadamente, dicen, la belleza es de corta vida en esta hermosa: será como la mujer árabe que a los veinte años es vieja, y no tiene la memoria provista sino de diez o doce de amores y felicidades. Tan pronto, no se envejece; pero ese bribón de Emiro Kastos dice que a los veinticinco es. . . es. . . coto, dice el hereje: yo no he de repetir ni en artículo de muerte esta atrocidad sin ejemplo. En los bailes de Emiro Kastos hay siempre dos departa-

mentos: en el uno, las jóvenes de quince a diez y ocho años están hirviendo como una manga de espíritus divinos encarnados en miembros de mujer; en el otro, las... las... cotos (¡y no se abren los abismos y me tragan!) están silbando y fumando su cigarro. ¡Miente Emiro Kastos! me dijo una vez un granadino: esa enfermedad es desconocida en la Nueva Granada. Por desgracia todos hemos leído las disquisiciones científicas publicadas acerca de ese horrible desvío de la naturaleza en la meseta de Bogotá, Mariquita y otras comarcas de Neo-Colombia; y hemos gemido de corazón con los poetas colombianos que lloran esa ruina prematura de la belleza en su patria. Si de los veinticinco para adelante están condenadas a ir con esa cruz a cuestas, no olviden las ninfas del Monserrate que hasta los veinticinco son las más lindas de las sudamericanas; si ya no dan sobre ellas, rompiendo por Boyacá, las hermosas caraqueñas, y les arrebatan la palma. Si un Emiro Kastos ha sacado a la luz del mundo **el Aranjuez** de su coto, consuélense con que un cosmopolita lo niega de redondo, y reta a singular batalla al descortés y mal nacido que se atreva a poner lengua en la porción más amable del sexo femenino en el Nuevo Continente.

La suavidad del clima, la transparencia de la atmósfera, la esplendidez del firmamento, la pureza del agua son, sin duda, partes para que la quiteña conserve, muchas veces hasta los cuarenta años, el verdor y la frescura marzal de las colinas y los prados que circundan su población elevadísima. Para donosa y elegante, la quiteña: con la mirada se insinúa, con la sonrisa conquista, con el porte general de su persona pone el yugo debajo del cual pesadumbres son delicias, desdenes incentivos, rigores esperanzas. La ojinegra del Pichincha es el demonio vuelto a la gracia de Dios con sus rezagos de malicia. Carirredonda por la mayor parte, sus mejillas son bóvedas de rosa dentro de las cuales los Genios del Amor, reducidos a mínima estatura, están soplando la fragua del placer. Su pecho es comba sublime: su brazo está desafiando al filósofo y al santo, si por lo blanco, si por lo gordo. La manecita es joya preciosa: los dedos suavísimos: la uña, espejo de las Gracias y las Musas. En cuanto a pasiones, estas estrellas de la Cinosura suelen morir de amor, y quitar la vida muchas veces. El Gran Mariscal de Ayacucho, que había estado en casi todas las capitales de Sud-América, sólo en Quito halló mujer digna de su corazón y su mano; y es sabido que Bolívar a Quito

vino a buscar la amazona que le salvó la vida cubriéndole con el escudo de Palas, esa mujer tan fiera como hermosa a quien el Genio del Nuevo Mundo amó como Aquiles a la belleza de Sciros.

Los climas ardientes imprimen caracteres excepcionales en el sexo femenino: la luz encendida que devora la tierra afina el espíritu y le da los mayores quilates que él puede alcanzar: una guayaquileña de pelo suelto, cuyos hombros están forzando la chaqueta; vestida de holandas y sinabafas delgadísimas que van y vienen cual ondas de blanca espuma, primero que mujer parece nereida que dejando sus grutas del Pacífico, ha subido al redropelo del Guayas, y se ha instalado en uno de esos palacios de fragantes maderas que producen sus bosques. Viva, picotera, esta ninfa del grande río es propensa a las pasionees más nobles y elevadas, las cuales cuando están en su punto suelen convertir en poética melancolía la electricidad de su alma que brota afuera y chisporotea en los ojos y los labios. Las chilenas pueden pasar por las inglesas del Nuevo Mundo, ya porque viven recostadas hacia el norte, ya por su temperamento sereno y grave en cuerpo eminente y facciones señoriles. Las argentinas van a un paso con sus hermanas de

América, si por las prendas físicas, si por la belleza del alma; y acerca de las mejicanas, sabido es que las echan el pie adelante a las mejores. Pero hay unas en la América Española que a justo título han granjeado nombre de **parisienses del Nuevo Mundo;** éstas son las hijas del Perú, tierra del sol, esa como Pancaya en donde nace el Fénix. La limeña es el dechado de la belleza femenina en lo tocante a la persona visible; que en lo que mira a los afectos, una italiana de Palermo no los abriga ni más ardiente ni más profundos. Los usos de la tierra le comunican singular donaire y seducción; usos que van cayendo, para mengua del prurito nacional y la elegancia propia. El manto de la peruana, bien como la capa del español, es vestido tan magnífico, que si a cada uno de éstos le da aspecto de rey, a cada uno de esas le vuelve princesa misteriosa que refuerza el deseo con la curiosidad, dando a entender con la lumbre de los ojos el ángel lleno de delicada malicia que va desconocido tras el rebujo impenetrable.

Después de esta revista en donde la galantería pasa por alto algunas omisiones y el amor suple lo que falta, ¿será bien digamos al fin lo que es belleza y en lo que consiste? La belleza, como no tiene reglas ni modelos pres-

critos, carece de definición. Belleza es armonía visible, música personificada: una mujer bella es una melodiosa expresión de la naturaleza.

There is music even in beauty,

ha dicho un bardo inglés: hay música en la belleza. Cuando fascinado contemplo una joven hermosa, oigo que sus ojos están cantando a mis oídos: una niña fresca, pura, alegre es nota musical de la armonía eterna. ¿En qué consiste que tal rostro es bello y cual no lo es? Consiste en que en el uno hay compás, cadencia, ritmo sonoro; en el otro todo es mudo, o sus toques y su conjunto suenan desagradablemente a nuestros ojos. Belleza es armonía; gracia es melodía. La belleza infunde admiración; la gracia es cuna de la simpatía: y como la gracia es alma de la belleza, belleza y gracia dan nacimiento al amor. Viendo estoy ahora mismo con la imaginación una persona cuyos ojos me causan miedo; ese miedo que nos hace estremecer profunda y deliciosamente de anhelos vagos, los cuales no sabemos si son culpas o ambición de cosas celes-

tiales. Música visible es la belleza; el amor es música desleída en afecciones que están hirviendo en el pecho al santo fuego de las Gracias.

De "Los Siete Tratados".

SAFIRA

Llegó un día un extranjero a una ciudad pequeña de la Nueva Granada, y se estableció en ella sin ruido ni aparato de ninguna clase. Nadie sabía quién fuese ni de dónde viniese, porque no era él sujeto de entrar en conversaciones íntimas, ni los inquisidores oficiosos hallaban resquicio por dónde dar con el secreto de la vida y la condición de ese hombre. Era, sí, persona de mucho modo, según lo estaban declarando su aire y sus modales; pero más adentro no hubo quien pudiese echar una mirada. Su trato y arreo eran conformes con los usos de la gente de su posición: para los pobres que a sus umbrales llegaban, la mano siempre abierta, lo cual presuponía ser aquél persona bien intencionada y de buenas facultades. Donde reina la modes-

tia, la liberalidad es opulenta, y ocurre que en pueblos no habituados al esplendor de las grandes capitales, cualquiera cuyo porte es decoroso, pasa por gran señor, el pro y el contra se combaten respecto de ese extranjero: los que le ven tan pronto al socorro del menesteroso, tan afecto a la inocencia, tan morigerado y sin género de vicios, le juzgan hombre de bien, quizá varón ínclito, sobre quien se han acumulado desgracias inmerecidas, y harto de amarguras ha huído de su patria. Los que están a la mira de su amor ardiente a la soledad, al silencio impenetrable que acarrea consigo, sus costumbres extraordinarias, se inclinan, por el contrario, a pensar que sobre el desconocido pesa algún crimen tenebroso o ha sido víctima de un mortal desengaño. El vulgo, a su vez, no sabe a qué atenerse. Caridad, bondad, ejemplar comportamiento, le vuelven a sus ojos buen cristiano, casi santo, a ese hombre; pero no oye misa, ni va a la escuela de Cristo, ni manda decir responsos por el alma de sus mayores. Para unos, masón, hereje, condenado en vida; para otros, religioso, virtuoso, varón justificado. En vano será, por lo cumún, que en ciertos pueblos hagamos el bien y practiquemos las virtudes; si no adoptamos los usos y respetamos las

preocupaciones de la generalidad, luego habremos concitado la ojeriza, cuando no el terror, de la ignorancia, a la cual se une de buena gana la malicia para sus obras de exterminio. Luchó algún tiempo el extranjero entre el amor y el odio, el respeto y la agresión de los entre quienes vivía, sin que el miedo pudiese nada con él ni modificase un punto su manera de vivir, puesta la mira en granjear consideración que no debiera exclusivamente a sus merecimientos. Cuando en sus recreaciones solitarias le ocurría pasar por las casitas de las afueras del pueblo, las campesinas salían y le llamaban "buen señor". Otras veces, que no todos son agradecidos, los muchachos, mal enseñados de los clérigos, le gritaban desde lejos: "¡Masón! ¡Hereje!"

Triunfaron al fin sinceridad y fortaleza: el bien sin ostentación, la limosna a oscuras, la cuerda prescindencia de las cosas del lugar, la pureza de vida, y uno como resplandor que le circuye al extranjero, infundieron al fin un respeto que pasó a veneración; y perdonándole la falta de misa, no vieron en él todos sino el hombre inaccesible a los vicios y el cultivador asiduo de las buenas costumbres. Llamábase Herculano el extranjero: alto de cuerpo, joven aún, grave, sumamente grave.

Se levanta con el sol, gusta de ver romper la aurora, sube a los montes, desciende a las quebradas, es gran amigo de la Naturaleza y del campo. Dicen que algunas veces desaparecía días enteros, sin que nadie supiese que fuese de él ni dónde se encontrase: en casa de ciudad ni de campo no se hallaba; en pueblos vecinos no se le veía. Aun cuando hubiera querido hacerse olvidar, no lo hubiera podido: no era como todos, y todos tenían los ojos fijos en él; no hacía lo que todos, y todos trataban de averiguar que hacía.

Herculano vive solo en una casa: sus criados mismos se retiran a las suyas por la noche, y el amo se queda sin más compañía que la de un perro enorme, cuyo nombre es Belcebú. Junto con tener nombre malo, la circunstancia de ser negro el animal hace decir que es el diablo, y que en todo caso Herculano es vecino peligroso. Mas por la mañana acuden a sus puertas ancianos y niños a pedir por los dolores de María Santísima, y ni el perro les amenaza, ni su dueño les niega la caridad acostumbrada; con lo cual echan de ver que **Belcebú** no es el demonio, ni su señor tiene tratos con el enemigo. Al contrario, los muchachitos de la vencindad, desnudos de pie y pierna, gordos, sonrosados, traviesos como un

duende en forma de serafín, usan de grandes familiaridades en casa de Herculano. La puerta es suya; entran cuando quieren, hallan a **Belcebú** tendido en el quicio, y se le montan en ese pescuezo trémulo y crespo que harto semeja la cerviz del león. Muchas veces el bondadoso animal tiene tres jinetes sobre sí, uno tras otro, bien asidos por la cintura, haciendo un espantoso ruido de jilgueros. Míralos el perro con ojos llenos de benevolencia, agachadas las orejas, y con la undosa cola les da unos blandos hisopazos que les hacen morir de risa. Cuando por casualidad viene a impacientarse, por que le han arrancado mechones de lana más de lo justo, y empieza a gruñir calladamente, los volatincitos echan pie a tierra y se ponen en cobro a los de Herculano. Contémplalos éste con inefable terneza, y con la sonrisa que nunca le falta para los niños, parece que les está diciendo lo que Jesús: "Venid a mí los párvulos."

Un día, después de un viaje que había durado algunos meses, Herculano se hallaba aún con botas y espuelas: todo el pueblo sabía ya que **el señor** estaba de vuelta. Herculano era **el señor** para los niños y la gente del pueblo; para los principales era **el extranjero,** y para los malsines **el rey;** el rey, según aque-

lla majestad y prosopopeya con que pasaba mirando al frente, nunca a un lado ni a otro. Estaba, como acabamos de decir, recién llegado **el señor:** entró una muchachita gordinflona, de cuatro años de edad, rubia, crespa, sin peinar: como del pueblo, no traía zapatos; limpia, eso sí, y bien ataviada, como una princesita plebeya. De entre el seno y el rebozo sacó dos huevos frescos, abultados, resplandecientes, y extendida la manecita, dijo: "Son de mi gallina negra. —¿De dónde viene el señor?—Del Perú, mi vida: ¿sabes hacia dónde cae el Perú?—Sí; por allá, por Tusandala."

Luego llegó una vieja trayendo en brazos una chiquitita ojinegra, boquirrubia, cuyo pelo ensortijado estaba en alzamiento popular. Entre el pecho de la mujer y sus propias manos, apenas si podía domar y sujetar un pollo subversivo que venía protestando por la imprenta, esto es, diciendo cuanta queja amarga y cuanta desvergüenza atroz puedan caber en semejante tribulación. —"¡Rosita! ¿No es ésta la Rosa?—Ella, señor: y el señor, ¿de dónde viene?" Llegaron en seguida dos pillitos de lo más simpático: era el uno un cholo moreno, no dos tercias de alto, achaparrado, bien comido, con una cara que estaba prome-

tiendo todo un Guzmán de Alfarache. El pantalón, a las ingles, se le caía a cada paso; él, mano a levantarlo. Levita, casaca ni chaqueta, no había para qué buscarla en su guardarropa: sombrero, Dios le dé: camisa era todo lo que tenía, salida y abombada alrededor: vivo como el diablo: la cara, un Ginesillo.

Su compañero es rubio: pelo largo y liso, como Escipión Africano: garzos los ojos, blanca la tez, según que muchas veces del pueblo salen príncipes de sangre real. Este hijo de Luis XIV, a quien su padre hubiera puesto máscara de fierro, como al otro su pobre hermano, no está requiriendo sino escuela y colegio para venir a ser periodista republicano y romperse la cabeza con Pablo de Cassagnac, o clérigo de misa y olla que de canonjía en canonjía pasa al obispado, y asido de la mitra, reparte bendiciones y excomuniones a tontas y a ciegas. Y ¿por qué ese bribonzuelo no ha de venir a ser diputado, ministro, y aun presidente, si tiene la vena revolucionaria y sabe tañer el pandero? «En manos está el pandero de quien lo sabrá tañer», dice un refrán, sin asonante, de los del Comendador griego: en las repúblicas de la Grecia, el pandero era el valor, la virtud, la elocuencia, el patriotismo: Alcibíades, Arístides, Pericles, Foción, tenían

en la mano el pandero, y lo tañían, y al son de ese instrumento civilizaban al mundo y volvían gloriosa su gran patria. En la República romana el pandero estaba en manos, reinando las virtudes, de Cincinato, Fabricio, Camilo Jurio, y después, de Cicerón: ésos le sabían tañer, y fundaban la libertad, y exterminaban a los bárbaros invasores, y volvían a Roma la señora del mundo. En las repúblicas de Italia, el pandero estaba en manos de esos sabios florentinos, esos sabios genoveses, esos valientes venecianos que, siendo un puñado de hombres, se las tenían tiesas a un Rey de Francia, o le apretaban las clavijas al Gran Turco. En nuestras repúblicas, duélenos confesarlo, el pandero es cuartel, la revolución, la inmoralidad, la ignorancia, sin que en el encumbramiento y el poder de ciertos Pentapolines del arremangado brazo entren por nada valor, pundonor, amor patrio, inteligencia, nada. ¿Pues por qué aquel chiquitín con cara de Gil Blas de Santillana que Herculano tenía delante, no había de estar guardado escondidamente para príncipe democrático, y ser dentro de poco gran capitán, gran general, y regir con la uña y la bayoneta los destinos de su pueblo? Sea de esto lo que fuere, aquel inglesito andino se abrazó con una pierna del

señor extranjero, y se estaba a mirarle para arriba, mientras éste le acariciaba la cabeza, diciéndole: «Macario, Macario, te han puesto ya en la escuela?»

El que cultiva el amor de los niños está libre de mil males: la inocencia tiene cierto prestigio que, si no disipa del todo los malos pensamientos, desenturbia el alma y la pone a volar ligera por los ensueños de la felicidad. Este poder de los niños debe tener fundamento verdadero, cuando ha pasado a convertirse en convicción general y profunda: el filósofo que aconseja al hombre desgraciado y triste acompañarse de un niño, piensa lo mismo que esa buena anciana que deshacía el encanto yendo a pasar con un niño en los brazos por un lugar del cual estaba apoderado el demonio. Herculano tiene fe, sin duda, en el influjo de la infancia, y sabe que en medio del crimen mismo son descuentos que nos hace la justicia divina, el amor y la protección a la inocencia. Retraimiento, meditación, apego a la soledad; tristeza, negra y profunda muchas veces; odio por sus semejantes, no, ni desprecio sistemático e injusto por la sociedad humana. La misantropía, dice el príncipe de los filósofos, nace de la experiencia que vamos haciendo de los hombres, y de aquel prurito

de generalizar lo que por ventura no corresponde sino a corto número de individuos. La misantropía que no tenga origen en las virtudes, será enfermedad y locura: Dios no nos ha echado al mundo para que nos aborrezcamos, sino para que nos amemos unos a otros. Mas esa tirria que algunos corazones bien formados, algunas almas puras, conciben por sus semejantes, siempre es horror al crimen, horror al vicio, y acerbo desengaño de las esperanzas que abrigaron al principio, de ver sus inclinaciones bien trabadas con las de los otros hombres. El odio nace del amor; esta paradoja, comprobada por el filósofo, llorada por el poeta, es una verdad, verdad terrible. Child Harold, René, Oberman, son personajes sublimes que representan la naturaleza humana caída; y bregando con las perversidades, las ingratitudes y las infamias que no pueden remediar, las castigan con negro aborrecimiento en los autores y dueños. El amor de Dios hacía ermitaños en tiempos antiguos; el odio al mundo ha hecho solitarios en todos tiempos. Herculano se retrae, pero no huye. En su patria nadie sabe lo que ha sido, porque nadie le conoce; en el lugar de su refugio es hombre austero, no montaraz; meditabundo, no melancólico; raro y valido, no del todo

extraño al trato social. Respétanle los hombres; las mujeres le miran con cierto vago temor prendido en curiosidad. Cuando algo le preguntan de sus antecedentes, no responde; ni hay quien porfíe: ese silencio gravita sobre los indiscretos como la imprudencia consolidada en necedad. ¿Qué está haciendo a solas en su casa toda la noche? Sus ventanas, alumbradas hasta el amanecer, son perpetuo asunto de cavilación para los vecinos porque saben que no se acuesta. Unos dicen que busca la piedra filosofal; otros, que tiene conversación con un espíritu, que evoca a la manera del conde Manfredo; otros, que le persigue un espectro pidiéndole cuenta de no saben que horrendo crimen. La sombra de ese huésped extraño pasa y repasa a los ojos de los que desde lejos le están observando: se pasea, medita; padece con los recuerdos, vive con la esperanza o muere con la desesperación. Los que son para alcanzar el mundo de dolores que en forma de olas bravas se agitan en el pecho de ciertos grandes desgraciados, le compadecerían, sin duda, a ése, si se atrevieran a compadecerle; mas como en la lástima hay algo de humillante, a los hombres superiores no los podemos compadecer sin ofenderlos. Nunca se dirige nadie a esa noble fiera, que no

salga con su empeño; y en habiéndole visto cara a cara, en habiendo tomado en el oído esa voz sonora, limpia, musical, ya sus detractores mismos no tienen otro afán que ir haciéndose lenguas de Herculano. Si él busca a los demás alguna vez, todos saben que es para hacerles favor; para pedirlo, nunca. Tal el antiguo filántropo iba en pos de los necesitados, los desgraciados, huyendo cuidadosamente de los ricos y soberbios.

Entre las familias distinguidas de la ciudad, la de don Diego de Sufrén prevalece por la práctica de las virtudes y la consideración pública de que goza a justo título. Es don Diego caballero chapado a la española, cuyas costumbres, sencillas al par que aristocráticas, vuelven su casa el centro de las personas de más lustre del lugar. Herculano fué de los concurrentes los primeros días de su llegada; bien recibido siempre, asiduo nunca; él sabe

que de la familiaridad al menosprecio no hay ni un paso, y sólo quien sabe asimismo entenderse con las delicadezas y las aprensiones de la sociedad cortesana, escatima sus visitas hasta volverlas sumamente raras; de suerte que su presencia es siempre objeto de sorpresa y agradecimiento para los que se agradan con su vista. Pero sin ocurrencia escandalosa, sin motivo ostensible, retiróse de casa de don Diego hasta el punto de quedar por desconocido. ¿Vano capricho? ¿Razón secreta y poderosa? Nadie lo supo: creyeron, sí, notar los zahoríes de la tertulia cierto cambio en el humor y aun en las facciones de Safira desde la desaparición del extranjero. Safira, hija única del señor de Sufrén, tiene el cetro de la moda en la ciudad: joven de veinte años, su estatura es más que mediana; sus carnes alimentan esa gordura de la buena salud que, sin hacer ostentación hacia afuera, están rompiendo con su voluptuosidad expansiva los vestidos por dondequiera que éstos deben estar ajustados a los miembros. El seno, blanco, ostenta una comba primorosa, y del escote adentro, dos pechos de cisne forman las prominencias donde tropieza el alma del que la mira, y se queda allí encantada para siempre. Diana no tuvo mejor porte ni pareció más

perfecta a los silfos invisibles cuando ganaba lo más secreto del bosque para bañarse a cuerpo desnudo, el pelo extendido por la espalda hasta la gorda pantorrilla. Safira no ha menester los favores del arte para brillar por la hermosura: su color es la resultante del jazmín, y la amapola, un blanco sonrosado que en vano irían a exigir del pincel las pretenciosas. Ella no, ella no sabe lo que es afeite, este pecado nefando contra la belleza, apagador impío de la pasión que gusta de arder con sencillos y puros combustibles. Su cabellera, negra y profusa, de la cintura abajo está andando todavía; su boca no es chiquita, antes puede llamarse grande, y es preciso que lo sea para que alcance en ella ese mundo de gracia que en forma de sonrisa está depositado en sus labios. Sus ojos son rasgados, negra la pupila; las pestañas, largas, están asombrando al amor que reposa debajo de ese suave párpado. Safira es apacible, de poco hablar y mucho sentir; sí, esos suspiros que a sus solas echa, húmedos en lágrimas, son señales de sensibilidad y ternura. Con todo, era fama que nadie había sorprendido en ella síntomas de amor, siendo, por el contrario, del dominio público, que los más apuestos mancebos habían visto fallidas sus esperanzas respecto de

ésa cuya mano estaba quizá guardada para el más feliz de los mortales.

Andando a pasar un día por las márgenes del río, convidáronla esas ondas claras que sobre dorada arena van rodando lentas y pacíficas. Ganó Safira con sus dueñas un recodo circuído de hiniestas y gayombas, y allí, poniendo el pie desnudo entre guijos blancos y amarillos, una túnica de lino encima, empezó a tomar posesión del agua con infantiles alharacas. Hundida hasta la rodilla, eran de ver esos aleteos de oropéndola con que alegraba las orillas, asordando las grutas de verdes juncos y rojas flores donde las náyades estaban escondidas a mirarla llenas de admiración. Cedió la arena a la presión del cuerpo, y ella bajó cosa de media vara: asustóse la hermosa, pero siguió riendo. La arena aflojó mas; la niña tuvo miedo y quiso ganar tierra seca. Sus esfuerzos no hacían sino perjudicarla: la arena se iba abriendo, ella bajando. Sumergida hasta el cuello, dió con la corriente, que la arrastró a medio río: débil carga para ese formidable caudal, se fué como una pluma. Botóse al socorro una criada, sin más efecto que irse ahogando por su cuenta. A este tiempo desembocaba por el lado opuesto un jinete al galope en un poderoso morcillo. Alcan-

zó éste a ver al poético naufragio: una gasa blanca en medio del verde río; unas manecitas de hada subiendo y bajando; una cabellera de mujer que se hundía y reaparecía. «¡Selim!» gritó el caballero para animar a su caballo; y de un salto y cuatro braceos heroicos estaba junto al cuerpo perdido. Echarle mano por la cabellera, de un solo impulso ponerle sobre el arzón de la silla y picar de nuevo al noble bruto, todo fué uno. **Selim** entonces, poderoso, triunfante, salió nadando y ganó tierra. La joven había perdido el conocimiento, pero no estaba muerta: una tenue respiración daba testimonio de la vida. No había que hacer sino volar a la ciudad con ese cuasi cadáver, cuya hermosura estaba admirando y conteniendo a la muerte. Esta fué la primera idea del caballero; mas luego, recapacitando en que la fuerza de la corrida pudiera perjudicarla, y en que el respeto al pudor le aconsejaba ese expediente, depositó el cuerpo en el suelo, en brazos de dos negras criadas, y a espuela batida el caballo, de un repelón estuvo en casa del señor de Sufrén. La generosa mujer que se botara a la muerte en pos de su ama, fué salvada por un Terranova como un león que, la lengua fuera, venía galopando tras **Selim.**

Al cabo de venticuatro horas, Safira tuvo fuerzas y ánimo para preguntar quién la había salvado. «Herculano», respondieron. Ella guardó silencio.

▲

La guerra civil bramaba por entonces y hacía pedazos la comarca. Liberales y conservadores, o sean **rojos** y **godos,** habían venido a las manos con ímpetu y valor dignos de causa grande. Los romanos no tomaban prisioneros en las guerras civiles; todos los vencidos eran pasados a cuchillo; desde ellos hasta nosotros, las guerras entre padres e hijos son más cruentas y bárbaras que las internacionales; la quijada del asno es la peor de las armas. Y no se tome ésta por locución exagerada, ni vaya nadie a requerir malicia en el autor de este relato, pues las naciones que se precian de más cristianas y civilizadas son justamente las que en todo tiempo nos están dando lecciones de

impiedad y barbarie, sino que parece anexo a la naturaleza humana esto de romperse en casa el freno de las pasiones con más violencia que fuera de ella, computando nuestro amor fraternal por el número de parricidas. Los franceses, en sus guerras exteriores, jamás han sido tan desaforados como en las domésticas; el Terror y la **Commune** serán monumentos inmortales plantados en medio de la historia, por cuyos jeroglíficos las generaciones futuras vendrán en conocimiento del grado de maldad y locura a que podemos llegar los hombres. Esta atroz flaqueza no es el gaje de esa nación, mas antes del género humano; todos los pueblos hacen lo propio, sujetos a esa negra ley que Caín grabó en el pórtico de la tierra. Liberales y conservadores, o lo que es lo mismo, verdes y azules, güelfos y gibelinos, abencerrajes y zegríes, se estaban combatiendo sin tregua y degollando sin piedad en esas provincias. Después de varios combates sangrientos, los godos amenazaban con entrar a sangre y fuego la ciudad de Safira, y los vecinos todos, con sobrada imprudencia, pusieron en cobro sus haberes, los cuales a muchos de ellos pudieran después haberles salvado la vida, por ser tan antiguo y manual esto de poner precio a la garganta de nuestros

hermanos. Vencidos los rojos a corta distancia, cayeron los godos, en efecto, sobre la ciudad indefensa. No hubo degüello ni saqueo; no hubo sino contribución de guerra, y en el hacerla efectiva anduvieron los vencedores tan activos como inexorables. Aquí fué el lamentar la indiscreción de los ricos en haber transpuesto sus bienes de fortuna; aquí el arrepentirse de semejante arbitrio. Las casas, con guardia; las señoras, con centinelas de vista; los hombres que habían permanecido en el lugar, eran rudamente maniatados y presos en tanto que satisficiesen la justa y debida cuota impuesta por el vencedor. Don Diego de Sufrén, con fama de rico, tuvo sobre sí cuatro mil pesos en oro, con plazo de veinticuatro horas. No era don Diego hombre de sufrir ultrajes por semejante bagatela; pero el diablo era que no los tenía, ni los tenían sus amigos, habiendo, como hemos dicho, depositado lejos, en lugar seguro, dinero y prendas de todo linaje. El día de la evacuación de la ciudad por el enemigo, el señor de Sufrén, la soga al cuello, a pie, en una sarta de prisioneros, salía con la tropa, Dios sabe a qué fortuna. Príamo no fué más venerable que este noble anciano; alto el rostro, larga la barba, iba marchando amarrado, mientras su familia,

en negra desesperación, no hallaba remedio a tamaña cuita. Salido habían ya del pueblo, cuando un oficial de órdenes, a caballo, viniendo al trote, presentó al Coronel la de poner en libertad al señor de Sufrén, en cuyas manos consignó luego este documento:

Don Diego de Sufrén, cuatro mil pesos en oro; quito y solventado.

El General,

* * *

El señor de Sufrén halló a su familia hiriendo el cielo a gritos; la sorpresa fué igual a la admiración y la alegría. ¿Quién consiguió el dinero? ¿Quién sacó el recibo? Nadie lo sabía. Hubo solamente quien dijese haber visto a Herculano entrar por una puerta excusada a casa del General. El señor de Sufrén le escribió a éste en el acto, dándole las gracias de la libertad y la vida, y acompañándole de una vez un pagaré de cuatro mil pesos en oro. Herculano contestó que no tenía noticia de semejante caso y devolvió el documento. Todos estaban confundidos; Safira solamente no dudó ni un instante de que Herculano fuese el salvador de su padre.

Abissus abissum invocat, dice la Escritura: un abismo llama a otro. Un mal no viene solo, dice el refrán. La Escritura Sagrada y el pueblo son dos fuentes de verdades infalibles: en la una está depositada la sabiduría eterna en forma de dogmas y exhortaciones; en la otra hierve la experiencia en figura de dichos, proverbios o adagios, que encierran debajo de su ordinaria corteza una máxima filosófica, una regla de conducta o un sano aviso de política. El mal es cadena de muchos eslabones: un eslabón viene asido con otro; y así, cuando llega el principio, hemos de esperar que llegue el fin de esta negra serpiente, en cuyos anillos gimen los desgraciados. Una noche, cuando los perros ladraban y los gallos cantaban perdidos en oscuro silencio, las campanas de la iglesia comenzaron a tocar a rebato, y con tal ahinco, que los vecinos todos saltaron de sus lechos, temerosos de algún grave acaecido, como, verbigracia, un súbito regreso de los godos. Mas no era sino la casa del señor de Sufrén, que estaba ardiendo en llamas, toda prendida, desde el pie hasta la cumbre. Acudió la gente, mucha y muy aparejada para el salvamento, ya porque eso tiene el fuego, que apaga el odio y la envidia misma, ya porque ese buen cristiano era el hombre más bien quis-

to con sus vecinos que nunca habitara pueblo ni ciudad. Dos bombas, rodando sobre el empedrado con marcial ruido, acuden al instante y se aperciben para la lucha con sus cuellos largos y afilados. Sorbiendo a fuertes aspiraciones el agua del pozo, empiezan luego a vomitar chorros furibundos y a herir el foco del incendio en irritada curva que va y viene por considerable circuito. El agua y el fuego son enemigos a matar; siempre encontrados estos dos elementos, cuando pueden venir a las manos es de ver la saña con que se aferra el uno sobre el otro, bien como el tigre y el boa en las selvas africanas hacen gemir los grandes ríos con sus peleas estridentes. Acometido el fuego en los dominios de su conquista, ruge, se ennegrece, saca el cuerpo y sale chisporroteando feroz por otra parte. La lengua encantada le persigue, le azota, le aterra; el fuego hierve por adentro, consume ávido los raudales enemigos, y sobre sus ruinas se levanta más colérico y ufano. Grandes vigas, tronzadas por la mitad, componen ángulos candentes; otras, quemadas el un extremo, han caído, y se están como pilares vivos; las soleras, extendidas sobre las paredes, arden a lo largo, cual cebo de una máquina portentosa destinada para hacer volar el mundo; las

puertas, a medio quemar, yendo y viniendo sobre sus goznes con el viento, parecen banderas agitadas por las Furias; el pavimento está echando torrentes de irritado y negro humo, y un resplandor inmenso alumbra el cielo, amenazando las llamas a la bóveda celeste. Gime el hacha, lo despedaza todo, y el hombre, que en estos casos siempre es héroe, arrostra la muerte, se agita como un Genio dentro de ese alto infierno, y hace esfuerzos sobrehumanos junto con el agua, su aliada. Pero cuando el fuego agarra bien, nadie le puede: palacio, templo, casa en su poder, son pavezno implume en garras de alcotán, débil ciervo en uñas de jaguar sanguinario. El maderamen de la que ahora es su presa está crujiendo ya; lo que no ha sido consumido, va a caer fracasado, y en breve, el edificio que abrigaba en su seno riquezas y comodidades, será montón de negros troncos al pie de paredes enlobreguecidas. Sus habitantes se han salvado; todos, menos uno, aquél cuya vida es más preciosa, el más amable, el más querido. "¡Safira!", exclama en la calle un anciano, alargando los brazos. "¡Safira!", grita una matrona en ademán desesperado. "¡Safira!", dicen todos. Una mujer vestida de blanco entreparece por las llamas que circuyen la sala

principal; desmelenada, aterrada, mira adonde quiera y no halla paso. Las gradas, en cenizas; los balcones, ardiendo; el pavimento mismo, el pavimento empieza a levantarse en ráfagas brillantes: perdida es Safira. Esa cabellera, que envidiaría nuestra madre Eva para cubrirse en el Paraíso; esa garganta de Rebeca, blanca, bien torneada, alta sobre los hombros; ese pecho sobresaliente, frontispicio encantado de la felicidad: ¡todo va a arder, crujir, echar humo y caer hecho un horrible tizón! En medio de la angustia general, he ahí que un hombre rompe las llamas por atrás, y con la velocidad con que el águila cae sobre el cisne, tómala por la cintura, hiende una cortina de llamas, salta por una ventana y reposa sobre el tejado inferior de la casa vecina. Por escalera, bajaron a tierra. Safira estaba medio muerta, pero sin lesión ninguna. Cuando al otro día abrió los ojos en la cama y preguntó quién había sido su salvador, oyó que respondían: "Herculano." Silencio, cavilación, palidez, lágrimas ocultas, estaban declarando que el amor de Safira era ya profundo e incurable.

Los godos han llevado lo peor en varios encuentros: andan a la deshilada, y es muy de temer que vuelvan a la ciudad, bien para cobrar aliento, bien para saciar la venganza, que ahora es grande, porque saben que sus vecinos han ido a reforzar al enemigo con personas, armas y dinero. Temblando se halla el pueblo: perseguirálos el ejército liberal; mas será tarde. ¿A quién volver los ojos? ¿Dónde buscar amparo? Una mañana, un tropel de campesinos que vienen huyendo, advierten que el enemigo llega: mujeres a las iglesias, hombres a los subterráneos, niños a los agujeros, se dieron todos tan buena prisa en esconderse, que cuando los invasores, feroces y terribles, a paso de carga, y bala en boca, entraban en la ciudad, la hallaron como encantada. Suyos fueron los hogares desiertos; si alguien había en ellos, bien escondido estaba. Pero los escondidos, de las entrañas de la tierra eran sacados a la luz del día, y ¡para qué!... En una casa, una mujer joven está en viva lucha con dos hombres, jayanes barbitaheños, de color bajo: parecen moros de Túnez los bandidos. La desesperación le comunica fuerzas: ese torneado, gordo brazo, como si fuera suyo el nervio del brazo del arcangel Miguel, le tiene mancornado al un violador, im-

peliéndole hacia tierra por la nuca, en tanto que el sátiro ha profanado el virgen cuerpo con levantarle los vestidos hasta la rodilla. El otro procura derribarla, contrarrestando, por dicha, a su socio en el crimen, de suerte que las pocas fuerzas se mantienen en equilibrio contra las muchas, hasta que el socorro divino descienda sobre ella y la liberte. El pudor hace la última resistencia: va a sucumbir, sucumbe... Herculano salta allí en ese instante: con mano de fierro le ase por los cabellos al más próximo al delito, le obliga a enderezarse, le repele a cuatro pasos, y, poniéndole de frente, le vuela la tapa de los sesos. El otro pícaro no huye; echa mano por su bayoneta y arremete con el intruso: éste, sereno y hábil, se sirve de su revólver como de florete, quita el golpe, y de un balazo en el corazón le extiende cuan largo es en la tierra. La muerte de Herculano era segura si Dios no hubiera querido que a esa hora misma, ganando los rojos la ciudad a paso de carga, no diesen buena cuenta de los enemigos. El degüello fué espantoso, porque hubo resistencia; si algunos quedaron con vida, huyeron a los montes, y el pueblo salió como de la tumba, pálido y desencajado. Esta ocasión, Safira no tuvo necesidad de preguntar quién había sido su salvador;

le vió y le oyó; y cuando ese hombre hermoso estaba allí de pie, contemplándola con mirada indecible, ella, cubriéndose el rostro de vergüenza, se tiró de rodillas ante él y rompió a llorar en desahogo sublime.

Este fué el último paso de la guerra: dos meses hacía que reinaba en la ciudad paz y consuelo, dedicándose grandes y pequeños a reparar sus males, aunque no a enjugar el llanto, que tantas desgracias mantenían fresco y volvían decoroso. Herculano dejó hasta de pasar por la calle del señor de Sufrén; debíansele allí favores; delicadeza, hidalguía, le aconsejaban no mostrarse ni poco ni mucho a personas tantas veces salvadas, ora por su generosidad, ora por su valor; que uno de los visos más brillantes de la grandeza de carácter suele ser ese como desentendimiento nobilísimo que pudiera comunicarnos ventajas sobre los que nos deban vida u honra, los cuales, si no son ingratos, suelen convertir en flaqueza su agradecimiento.

Una noche, tarde de la noche, están durmiendo todos: Herculano se halla en pie; se ocupa en medir con sus pasos su aposento. **Belcebú,** echado por ahí de largo en largo, ronca a modo de león. Profundo es el silencio: la Naturaleza, recogida disfruta en sociego de

su obscuridad y su tranquilidad, en ese sueño en que ella misma gusta yacer cuando no la sacuden vientos, ni truenos asordan sus oídos. Un gallo echa su canto a la distancia, largo, melancólico; un ave nocturna pasa del matorral a la torre dando gritos. **Belcebú,** en un pronto, se pone sobre sus cuatro patas, enarcando las orejas: no ladra, porque no tiene licencia para esto dentro de las habitaciones. Herculano suspende el paso, presta el oído: un tenue roce ha sonado en la puerta, cerrada sin emparejar. No es nada. ¡**Belcebú,** quieto! Echase el perro de barriga, alargando el hocico sobre las dos patas delanteras, en esa postura vigilante que nada es menos que gana de dormir. Herculano sigue andando; a cuatro vueltas, el perro en pie, veloz como un relámpago. Herculano se detiene, calla, observa: una sombra tímida ha empujado la puerta. Herculano cree en los espíritus de la atmósfera, en los genios aéreos que rodean invisibles a los mortales; mas ni teme apariciones, ni le aterran hombres vivos. Travesuras del viento. ¡**Belcebú,** échate! Echase el perro de mala gana; su amo sigue andando. Abrese de súbito la puerta; una mujer vestida de negro comparece allí, y se queda inmóvil dentro el umbral. Herculano y Safira se hallan frente a frente,

a media noche, en una casa abandonada, sin testigos, si no es la más ciega de las pasiones. Pálidos, mudos algunos segundos, se contemplan: cuando Safira recobra sus espíritus, da cuatro rápidos pasos, un grito, y se echa desmayada en brazos de su amante.

De "Geometría Moral".

EL CURA DE SANTA ENGRACIA

Un día se entró por las puertas del cura una pobre mujer bañada en lágrimas: —Señor cura, mi marido se muere: ni sé que hacerle, ni tengo para un medicamento: favorézcame. El cura tomó su capa, su bastón nudoso, y salió con la mujer. —Don Pedro, dijo, inclinándose sobre el moribundo, ¿qué tiene? —Me muero, señor cura, me muero: confesión, misericordia. Confesóle el párroco, y una vez absuelto el agonizante, dijo: —El alma está segura: ahora tratemos de salvar el cuerpo. Salió volando, tomó de su botiquín las drogas que le parecieron venir al caso, propinólas en persona, y se estuvo a esperar el efecto de ellas. Como no hubiese mejoría, pasó la noche a la cabecera del paciente, el cual expiró por la madrugada. —Señora Rosa, dijo a la mujer, yo

se que ustedes no tienen nada: el Señor es misericordioso: ocúpese usted en llorar a su marido; lo demás corre de mi cuenta. Y fué así: mortaja, ataúd, entierro, todo lo dió y lo hizo. Al otro día, misa fúnebre, con cuanta solemnidad pudieran ofrecer los paramentos y arbitrios de la aldea. —Mientras dura lo intenso del dolor, señora, no tendrá usted ánimo para buscar el pan de sus hijos: gaste estos reales; si le faltan, venga al convento. Iba a salir, y volviéndose a la puerta, preguntó: —¿Los niños siguen frecuentando la escuela? —Dos meses antes de la enfermedad de su padre, respondió la viuda, ya no iban: nos llegó a faltar la mesada. —Que vuelvan, señora Rosa, yo la pagaré. Y salió y se fué, llevando un santo dolor en el corazón.

Por la noche de ese mismo día una sombra se deslizaba pegada a la pared de la calle: iba de prisa, pero con pasos atentados, religiosos. Llegando a una puerta, adentro la persona. La Familia de esa casa eran una anciana, dos muchachas y tres niños cubiertos de harapos. Tan luego como vieron comparecer allí al recien venido, la anciana y las muchachas se tiraron de rodillas ante él: —Señor cura, Dios le manda! dos días ha que no comemos: los chiquillos no han podido vender ni una

trenza ni un peine; en vano se han matado mis hijas. —Culpable soy, respondió el sacerdote: debí haber venido antes. —El último socorro, dijo la mujer, se ha concluído primero que el mes, a causa que pagamos una deuda de mi hermano Santiago para sacarle de la cárcel. —Me lo hubieran ustedes avisado, madre Rita: ¿cuál era la deuda del pobre Santiago? —Doce reales, señor. —¿Y por doce reales, repuso el cura, ha ido a la cárcel ese hombre de bien? —Y diga, señor, ¿cómo ha sido eso: caída en pedazos la pollera de mi Angela, dos domingos no había ido a misa la chiquilla: Santiago, viendo ese extremo, fué y sacó fiadas tres varas de bayeta: cumplido el plazo, entró a la cárcel. Y la pobre mujer se echó a llorar. —¿Así, tan desnudas están estas criaturas? volvió a decir el sacerdote: vístalas, señora; en casa tengo algunos géneros. No los tenía; pero fué a casa de un mercachifle, sacó liecillo, bayeta, pañuelos, y los tuvo a prevención en el convento. Vino la madre de esas muchachas, y besándole la mano a ese santo varón, y regándola con las lágrimas de sus ojos, se volvió que no cabía de contento.

Asomáronse una tarde unos forasteros por la plaza, y se quedaron en medio de ella como quienes no hubiesen hallado posada. Salió el

cura, tiró hacia ellos, y dijo: —¿Qué es esto, amigos? ¿por qué se plantan ustedes aquí? —En dos casas hemos pedido alojamiento, señor, y no lo hemos obtenido: nosotros somos tantos, y las casitas son tan estrechas. —La mía es espaciosa, señores: sean ustedes servidos de honrarme con admitir en ella un plato y una mala cama. Siguieron los forasteros al cura, y fueron tratados como los huéspedes de Abrahán, con buena voluntad. Donde reina el amor de Dios, no puede estar ausente el amor del prójimo; y en habiendo amor de Dios y el prójimo, nunca falta para las obras de misericordia. Este hombre es un santo, decían los forasteros, tanto más admirados, cuanto le veían curar en persona, mudarle y servirle a uno como leproso que habían llevado a tomar baños termales al pie de un cerro. Cuando se fueron, a todos les dió reliquias de la Virgen que pasaba por milagrosa: —Hijos míos, la fe tiene mucha fuerza: creed y esperad. Estos pequeños símbolos de la fe, creyendo, no en ellos sino en el poder de Dios, pueden alcanzar mucho de su bondad. El enfermo va mejorado: es humilde, sencillo, creyente: el agua ha sido el instrumento; la misericordia divina el móvil, la fuente de su salud. Idos y acordaos que en

este monte hay un hombre a quien podéis llamar hermano.

Un día encontró a un pobre viejo que estaba llorando en la esquina de la calle: arrimado a la pared, era de partir el corazón ver a ese anciano tristemente vestido como gemía en silencio y se enjugaba las lágrimas con su áspero poncho. Las canas le caían por debajo del sombrero roto, casi hasta la espalda; las rodillas entreparecían limpias por los boquerones del pantalón. —Tío Mariano, ¿qué hay? qué lágrimas son esas? —Señor, responde el viejo, cómo no he de llorar: mi hijo, mi único hijo, Manuelito, está en el cuartel: le cogieron, le llevan de soldado esos que vinieron ayer. Yo me puse por delante, por darle tiempo para que huyese; pero de un culatazo en el pecho, a tierra, y le amarran dándole de golpes. —Aguárdeme aquí, tío Mariano; luego vuelvo a darle noticia. Enderezó el cura su camino hacia el cuartel, y preguntó por "el señor comandante". El señor comandante era un cholo de bigotes, bocamanga colorada y botoncitos amarillos en el hombro; tenía gorra y ceñía espada. —¿Qué dice el clérigo? preguntó brutalmente al ver al cura. —Señor comandante, han tomado un mozo que es apoyo de sus ancianos padres: la ley exceptúa a los hijos únicos del

servicio militar. —Esta es la ley, replicó el cholo, desenvainado su machete y vibrándole en el rostro al sacerdote: si ese recluta es hijo único, vale veinte pesos, fraile, ya sabe. El cura fué a su casa, trajo los veinte pesos, rescató al hijo único y se lo entregó a su padre. —Que se vaya, dijo el anciano, que se oculte. El comandante le ha soltado por veinte pesos; luego le cogerá el capitán para vendérnoslo por quince. El muchacho se arrodilló ante el sacerdote, después ante su padre, les besó la mano, y sin tiempo para ir a su casa, tomó el camino, y trote, trote, desapareció. Ya no le veía el pobre viejo, y todavía le estaba gritando: —Al monte, hijo, al monte!

—Joaquín, yo se que estás viviendo mal, le dijo el cura a un hombre de buen parecer que encontró en uno de sus paseos por la tarde; ¿por qué no te casas? El mozo se encendió de vergüenza, y, cabizbajo, respondió: —Me casara, señor cura; mas ni para los derechos tengo, menos para poner casa. —De los derechos no hables, replicó el sacerdote; yo te los pago... En cuanto a lo demás, ¿te convendría una colocación en la hacienda del señor Ruiz de Borja? Este señor me ha suplicado le indique un hombre de bien y trabajo a quien él pueda confiar el cuidado de sus labranzas. —Se-

ñor cura, yo lo que quiero es trabajar y servir a Dios: si no me he casado ha sido de miedo de que me falte lo necesario. El domingo próximo se hizo la primera amonestación: un mes después, Joaquín, emperejilado y atusado, alargaba la mano a una ojinegra de lo más donoso: una peineta de azófar se le alza a ésta sobre la coronilla a modo de cresta sublime, adorno elegante para aldea: orejeras de coral, collar de perlas falsas, manillas de granate. El encaje de las enaguas, propasando cuatro dedos del follado, forma el ruedo de ese gracioso vestido de **mestiza limpia,** la cual pasó luego a ser "señora mayordoma" de la hacienda de Santa Eulalia, por obra del cura de la parroquia.

Saliendo de sus habitaciones a decir misa este sacerdote, oyó en el cementerio contiguo a la iglesia un ruido como el chis chas del látigo, junto con los ayes de la víctima. Entra precipitadamente al dicho cementerio: un indio, tendido boca abajo, desnudo el cuerpo está recibiendo los azotes que le da el verdugo. Grita desde lejos el párroco, vuela hacia ellos, toma por el pescuezo al ejecutor, échale en tierra, písale, hierve en santa cólera. El que mandaba este bárbaro castigo, asesinato de la vergüenza, era otro indio de más porte que tenía en la mano un bastón con empuñadura y

casquillo de plata: era **el alcalde.** —Señor cura, dijo el alcalde, este mitayu faltó el domingo a la doctrina. —Y no sabes que el azote está prohibido por la ley, malvado? ¿y no te he dicho mil veces que si me tocas a un pelo a uno de mis feligreses te he de matar? Asió entonces con ímpetu la vara del alcalde, y le dió a su dueño tal voleo de palos, que no le dolieron tanto como al otro los azotes, pero que le dejaron escarmentado al indio abusivo y cruel. Esa cólera es santa: si hay quien repruebe estos palos, tenga a bien llevar esotros ramalazos.

—Señor cura, vengo a concertar los derechos: mi suegra murió esta mañana. —Ustedes son pobres, respondió el cura: ¿puedes ceñirte al arancel? —Una rebajita, señor cura. —Da lo que quieras, dijo: yo no busco sino el pan de cada día.

—Señor cura, señor cura! anoche han botado este niño en mi casa: yo no puedo criarle: voy a echarle en la calle. —¡Bárbara! en la calle... ¿sabes lo que dices? Yo tengo madre: ella le tomará a su cargo: déjamele. Y apoderándose de la inerme criatura con la solicitud de una apasionada nodriza, corrió para adentro gritando: —Señora, señora madre, Dios nos envía un huesped! Los niños son bendición del cielo: inocencia y esperanza en

ellos residen. Una buena anciana vestida de negro salió a las voces del cura, y dijo: —¿Qué es? ¿qué niño es ese? —Un expósito, señora: el que no tiene padres y el que no tiene hijos, hermanos son: éste es mi hermano: criémele vuestra merced como me crió a mi mismo. Tomó la señora al huérfano en los brazos, vió resplandecer en sus ojos la recompenza de la caridad, y dandóle mil besos en la frente: —Esto era lo que me hacía falta, un niño, un hijo tierno, un ángel doméstico que mantenga la pureza del hogar.

Un matrimonio alborotado comparece ane el cura: —Me ha dicho ladrón, señor cura. -¿Y él, y él? Pregúntele que me ha dicho, eñor. Yo, la madre de sus hijos, su mujer proia, una callejera, trotaconventos, una... -Mi honra, señor cura, mi honra primero que odo. Véale esa cara... don bebedor, don borracho, te he de arrancar los ojos!

—En mi presencia, ¡mujer! exclama el cura.

—Ya la conoce, señor, agrega el marido: nada es lo que aquí está diciendo la atrevida: a voz en grito, en la calle, me dijo que me había robado la custodia.

—¿Qué custodia? pregunta el cura volviéndose a la mujer; ¿cuándo han robado aquí la custodia?

—No es eso, señor cura, sino que el pícaro me dijo la mala palabra, esa que no puedo repetir ante vueseñoría.

—¡Gervasio! ¿así deshonras a tu esposa? ¿Luego tus hijos no son tuyos?

—Falso, señor cura; ¿cómo había yo de decir eso? La honra de mi mujer es la mía propia.

—Otro tanto debes decir tú, Dolores: la honra de tu marido es tu propia honra. ¿Cómo le tratas de ladrón? Pensad en criar bien a vuestros hijos, antes que darles estos ejemplos que los pueden corromper y pervertir. Conque el marido es para su mujer un ladrón, y la mujer para su marido una... vagamunda! ¿y vuestros hijos? ¿y Dios?

—Así es, señor cura, responde la mujer, llorando ya y enjugándose los ojos con el rebozo. —Así es, señor cura, repite el marido con voz temblorosa y afligida. —Vamos, Gervasio, abraza a tu mujer. Gervasio se le acerca tímido; salta ella sobre él y le echa los brazos al cuello. La paz fué firmada por más de un mes, y no hubo trapisonda, pues el cura, fiador, cuidaba de que la cultivasen, haciendo visitas continuas a los beligerantes.

Dos escuelas tenía la aldea, una de varones, otra de mujeres: visitábalas el cura pe-

riódicamente, un sábado la una, otro sábado la otra, habiendo establecido en ellas, acorde con el institutor, exámenes privados que llamaron sabatinas. Para el pundonor, el estímulo era un certificado con firma del señor cura y del maestro, el cual servía de mucho para con los padres del alumno que lo alcanzaba favorable, y de gran perjuicio respecto de los que salían con tachas y censuras. Para el interés, el párroco estableció tres premios, el primero de a diez reales, el segundo de a seis, y el tercero de a cuatro. Para el temor, las penas iban enderezadas a la vergüenza, y de ninguna manera al martirio físico. El cuerpo nada tiene que ver en la educación del alma, decía el clérigo: para enseñar a los animales y adiestrarlos, sea en buena hora el látigo: los móviles de la inteligencia, otros son: no me curta usted a los niños, señor maestro, con penas corporales: lo que hacen de miedo, lo hacen mal; y ningún mérito hay en obligarlos a una cosa contra su volutad: lo que conviene es hacerles querer y desear lo bueno: esto lo conseguimos de muy distinta manera que con el necio rigor que tuerce el más recto natural, y estraga desde el principio el corazón más bien formado. Así es que de esas escuelas salían hombres llenos de pundonor, aficionados al

trabajo y amigos de su deber, y mujeres de obligaciones, tan hacendosas y virtuosas, que de los pueblos vecinos las buscaban y pedían su mano de rodillas.

Este cumplido sacerdote, este hombre de paz y caridad, como tiene el alma limpia, gusta del aseo del cuerpo y la tildadura de costumbres. Su mansión es una concha: el guarda—casa está en pie a las cuatro de la mañana, y la barre desde el zaguán hasta el corral: los corredores siempre nuevos, a fuerza de cuidado: los aposentos, sencillos, casi pobres, ofrecen el confort del orden primoroso que reina en ellos. Las tapias del jardín, ocultas tras un espeso enramado de plantas trepadoras, tienen aspecto de murallas de esmeralda donde resplandecen estrellitas de diferentes colores, como son la azul pasionaria, el amarillo mastuerzo y el blanco jazmín que inunda el barrio con su fragancia saludable. Los gansos dan gritos prolongados y tristes allá lejos en la huerta: las gallinas cacarean en el traspatio. Perro bravo, no hay; el tesoro del cura son las virtudes, y éstas no tientan a los malhechores; pero sí un viejo mastín, gordo y pacífico, que a fuerza de años y de lecciones ha perdido su fiereza, y no sirve sino para simbolizar la fidelidad, tendido en medio del pa-

tio, o bien sentado como león en el umbral de la puerta de calle. El cura está de pies a las cinco: se lava rostro, manos y brazos cada día infaliblemente, no le suceda lo que al derviś que salió una vez sin haber hecho las abluciones que tanto agradan a la Divinidad. Dice misa a las seis; se queda en el confesonario hasta las ocho; de allí para adelante visita a los enfermos; vuelve a su casa a las diez, y hace su primera refección, la cual consiste en dos huevos tibios, un vaso de leche y un pan. Sabe que el chocolate es contra la castidad, y se abstiene de él, aunque le gusta. Imposible fuera notar una mancha en sus manteles: cada borrón es un pecado, cada arruga una vergüenza. Paños sucios, alma puerca. Los vasos son para verse el rostro en ellos: Horacio no tendría nada que decir. La leche de su mesa es de la vaca que ordeña allí mismo una indiecita de admirable pulcritud y frescura: la flor, la espuma, el primer jarro, no es para él, sino para la enferma vecina que se duele del pecho. Los vegetales de su huerto, las raíces de su arada componen su comida: papas gruesas, reventadas, derramando suave harina: coliflor pomposa, sembrada con sus manos: es una maceta de ofrecer al altar ese repollo lujuriante lleno de jugos nutritivos. Granos tiernos de

sencillo condimiento: dulce de frutas: agua pura del arroyo. Vino, jamás: licores fuertes, menos: esos son fracasos de la templanza, buitrones de las virtudes. El tabaco... el tabaco... soporífero infame que entorpece el cerebro, ensucia boca y manos y aplebeya el espíritu, no halla cabida entre las buenas costumbres de los hombres limpios: ver un clérigo con el cigarro en los dientes, echando humo y saliva, es hasta irreligioso de su parte. Fume el soldado, fume el viejo, fume el que pasó la edad del amor: la mujer hermosa, el hombre pulcro, el enamorado, no fumen, o desbaratan sus prendas y sus esperanzas. El cura de Santa Engracia no sabe fumar, no bebe humo ni echa inmundicias por los labios. Como es leído, sabe que los trabajos intelectuales no se compadecen con la salud, sin el modo y el pulso que en ellos gastan los prudentes: después de comer, dos horas de paseo calmoso y grave: anda solo; la soledad es una musa: medita, al tiempo que va andando; recoge ideas, levanta el pensamiento al cielo; recibe en el alma los arreboles del occidente cuando el sol se ha puesto, y abrigada con esos colores que comunican uno como calor divino, vuelve al convento con san-

ta melancolía. No lee sino dos horas por la noche: su sueño, como de varón justo, es el de un niño. Torna la aurora, torna él a sus obligaciones y costumbres.

Este es el sacerdote evangélico, el cura perfecto.

De "Los Siete Tratados".

INDICE